Del dicho al hecho ...

Douglas Carcache

© Carcache Sandoval, Douglas
Noviembre 2003
douglas,carcache@laprensa.com.ni

Editado por Fundación Konrad Adenauer
Km. 14 carretera Sur, 300mts. al sur Managua, Nicaragua.
Aptdo. 3128, Tel. (505) 265 7880
e-mail: kas@ibw.com.ni

Diagramación y Portada
Juan José Moreno Báez

Impreso en: Impresión Comercial
LA PRENSA S.A.

Del dicho al hecho...

Dilemas del periodismo

Douglas Carcache

INDICE

6. .....Las bombas sacuden la redacción

19. .....Irak: más cobertura, más ficción

29. .....Las gotas que cambian

43. .....Del rigor a las pruebas

51. .....Las amenazas latentes

63. .....El riesgo cotidiano

67. .....La ética tras la palabra

77. .....Del hecho a la opinión

89. .....Como si fuera cuento

101. .....Fuentes y bibliografía

El debate preciso

Los ataques terroristas contra Nueva York y Washington y las guerras en Afganistán e Irak agitaron una discusión internacional entre periodistas y gobiernos, sobre el derecho a informar y los grados de libertad e independencia que requieren los medios de comunicación para mantener al tanto a los ciudadanos sobre las nuevas amenazas y las consecuencias de los conflictos.

Interrogantes sobre la confiabilidad de las fuentes, la objetividad e independencia de los medios de comunicación y la función fiscalizadora de los periodistas, han sido sometidas de nuevo al debate de los informadores que ven amenazas de censura o desinformación en gobiernos autoritarios o en el contexto de la lucha contra el terrorismo internacional.

En Irak, por ejemplo, hubo cientos de periodistas viajando con las tropas estadounidenses y británicas por el desierto, mientras éstas combatían en su avance hacia Bagdad, pero esa enorme cobertura periodística en el escenario de la guerra tampoco significó, en ocasiones, la difusión de todo lo que en realidad acontecía porque a menudo hubo desinformación desde los bandos en conflicto. Al final quedó flotando una pregunta: ¿Fueron los periodistas censurados o manejados de forma sutil por las fuentes militares?

Douglas Carcache nos acerca a la polémica en esta obra, porque hace fluir hechos, experiencias y opiniones de reporteros y editores que nos hacen reflexionar sobre la influencia del periodismo en la edificación de la democracia y la rigidez profesional a que debe someterse para acercar al público a la realidad.

Reinhard Willig
Fundación Konrad Adenauer

Las bombas sacuden la Redacción

Cuando los aviones de guerra de Estados Unidos comenzaron a lanzar bombas contra las fuerzas talibanes en Afganistán, en octubre del año 2001, el periodista estadounidense Preston Mendenhall fue uno de los primeros reporteros que vio los cadáveres de civiles alcanzados por el bombardeo. Sus notas narrando el hallazgo aparecieron horas después en la página electrónica de la cadena MS-NBC y ese mismo día él recibió más de cien mensajes de ciudadanos de su país, que lo criticaban por una supuesta actitud antipatriota e insensible, por haber olvidado tan pronto a las víctimas de las torres gemelas de Nueva York, arrasadas por terroristas islámicos el 11 de septiembre del mismo año.

El error de Mendenhall, según sus críticos, había sido informar sobre las víctimas civiles cuando lo más importante en ese momento era golpear a los terroristas. Pero esa reacción de los lectores era también una señal de que en Estados Unidos se tambaleaba uno de los mitos del periodismo: la "objetividad informativa". Hasta entonces los periodistas estadounidenses se habían esmerado en contarle todo al público, lo bueno y lo malo, destacando los hechos, porque en esa medida su trabajo era respetado. Sin embargo, tras los ataques contra Nueva York, los ciudadanos empezaban a mostrar allí poco interés por conocer todo sobre la guerra en que se hallaban y sólo querían saber lo bueno para ellos, lo que les convenía como miembros de una nación.

El periodismo de Estados Unidos se había guiado con la premisa de darle a todas las fuentes de información una valoración equitativa, pero el 11 de septiembre del 2001 reporteros y editores escribieron cargados de patriotismo, mezclaron opinión con información y semanas después algunos confundieron, quizás sin percatarse, los intereses del gobierno con el patriotismo.

Los problemas para la independencia periodística comenzaron cuando las televisoras norteamericanas reprodujeron declaraciones de Osama Bin Laden, el jefe Al Qaeda, la organización terrorista basada en Afganistán que atacó Nueva York. La Casa Blanca advirtió, sobre todo a las cadenas de televisión, que los discursos de Bin Laden podían tener indicaciones en clave para incitar nuevos ataques; y CNN (Cable News Network) fue una de las primeras que aceptó que las autoridades revisaran el contenido de las grabaciones antes de divulgarlas.

El gobierno cerró las fuentes de información política y militar, convirtiendo casi todos sus movimientos en un secreto de Estado; y algunos periodistas estadounidenses empezaron a resentir las restricciones a la libertad de expresión y de prensa.

Luego los medios escritos optaron por distanciarse de los electrónicos, porque en éstos las noticias continuaban cargadas de un "patriotismo exagerado", según la opinión de Anne Nelson, profesora de la escuela de periodismo de la Universidad de Columbia en Nueva York.

En cambio, los periódicos y revistas de prestigio se interesaron en ampliar su cobertura y publicar información con críticas abiertas a las políticas del gobierno de Estados Unidos. "Un acontecimiento interesante es que las revistas con una perspectiva crítica, como Harper's y The Nation, lograron después un aumento importante en ventas, de hasta el 30 por ciento, que los ha alentado a investigar más y a ejercer una función más crítica", dijo Nelson a mediados del 2002.

Como las cadenas de televisión habían perdido audiencia en algunas áreas de su programación durante el 2001 y necesitaban mantener su posición económica, optaron por presentar más noticias "desde una perspectiva exclusivamente norteamericana", evitando ser controversiales para no molestar a los anunciantes, explicó Nelson.

El FBI (Federal Bureau of Investigation) fue una de las primeras

instituciones estadounidenses criticadas por los periodistas, después del 11 de septiembre, por fallar en la detección de los planes terroristas. Fiscalizar a esos organismos era rutinario en la prensa antes del ataque a Nueva York, pero luego significaba inmiscuirse con los intereses nacionales de Estados Unidos. Eso bloqueaba la tradición de los reporteros de buscar la "objetividad", una disciplina sustentada por el contraste de opiniones o datos, a la que se apegaban para satisfacer la demanda del público interesado en tener información amplia, con dos o más versiones que mostraran los distintos rostros de una misma noticia, con los que podían hacerse una idea más real del acontecer.

Sin embargo esa lógica, también de mercado, se trastocó de pronto tras el ataque terrorista porque el público se negaba a recibir la versión del enemigo y todo lo relacionado con él, excepto lo que informara sobre sus derrotas.

"Lo interesante es que uno nunca sabe cómo va a reaccionar, en lo personal, ante una desgracia familiar, hasta que no le sucede; y los estadounidenses jamás sufrieron un ataque hasta que ocurrió en Nueva York", señaló el periodista argentino Roberto Herrscher, académico de las universidades de Barcelona y Columbia.

El periodismo ha sido un símbolo de los valores universales porque revela situaciones ocultas que afectan a la sociedad, además de propiciar conocimiento, diálogo y debate, pero los conflictos internacionales, las guerras en particular, sirven de justificación a los gobiernos para cerrar la plática política en sus naciones y encasillar las opiniones, en los últimos años unas enfiladas con la democracia y otras con el terrorismo.

Herrscher, quien vivió el conflicto de Las Malvinas (1982), recuerda que en Argentina todos los adversarios del gobierno se convirtieron en traidores a la Patria en el momento que fue declarada la guerra y ahí terminó la discusión política interna del país. Igual sucedió en Nicaragua durante el régimen del

Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN, 1979 – 1990), donde los opositores a la revolución fueron calificados de apátridas o contrarrevolucionarios tan pronto comenzó la guerra civil.

En esas circunstancias es que se ponen a prueba los conceptos de equilibrio, balance e información completa, enarbolados por la mayoría de reporteros en el mundo; y llegamos a la conclusión de que si el periodismo tiene limitaciones, limita a la democracia, porque el periodismo libre es un estimulante del desarrollo democrático en tanto que saca a flote los problemas de la sociedad, contribuye a que distintos grupos sociales conozcan sus derechos y opciones y se inmiscuyan en el debate que antecede a las decisiones nacionales.

Era de suponer, por eso, que los periodistas estadounidenses también hablaran de los muertos en Afganistán y presionaran a su gobierno para que informara con claridad y concreción sobre lo que acontecía en el frente de guerra. Pero hubo divergencias entre ellos sobre ese principio profesional.

Cuando comenzó la operación antiterrorista, la cadena de televisión CNN tuvo que comprar imágenes de los bombardeos a la cadena árabe Al Yazira, porque se le hacía imposible entrar a Afganistán. Luego, cuando las oficinas de Al Yazira en Kabul fueron destruidas por los bombardeos, en noviembre del 2001, CNN guardó silencio y con esa actitud se ganó muchas críticas, sobre todo en Europa.

Semanas antes el gobierno de Washington se había quejado ante las autoridades de Qatar, el emirato donde Al Yazira tiene su sede principal, porque esa cadena emitía proclamas de Bin Laden que éste les hacía llegar hasta la sala de redacción, a través de las redes secretas de Al Qaeda. El ministro del Exterior de Qatar, Hamad Ben Jassem al Thani, sólo respondió: "Estados Unidos es un país del cual hemos aprendido la libertad de prensa".

La solicitud de la Casa Blanca a los periodistas estadounidenses,

con relación a los comunicados de Bin Laden, consistía en "que se informe de las noticias al pueblo norteamericano, pero si se reportan en su totalidad, eso puede generar preocupaciones", tal como lo dijo el portavoz Ari Fleischer.

Poco a poco, los periodistas descartaron el argumento de que Al Qaeda tuviera especial interés por transmitir mensajes codificados a través de los medios de prensa, porque la comunicación globalizada ya permitía que esas instrucciones circularan de mil maneras. The New York Times lo rechazó en su editorial del 11 de octubre del 2001, señalando que "incluso si estos mensajes se eliminaran por completo de las televisiones y los periódicos, cualquier ayudante de Bin Laden en Estados Unidos podría fácilmente obtenerlos en medios extranjeros".

"La verdad es nuestro poder, más allá de la cuenta de resultados- dijo Chris Hedges, miembro del equipo de investigación de The New York Times que trataba de esclarecer la trama del ataque terrorista del 11 de septiembre-. Ese prestigio nos permite ser quienes fijan la agenda real del poder en Estados Unidos... Cuando informamos de un área, esa área se trata al día siguiente en la rueda de prensa diaria del Pentágono... Ellos lo saben y nos temen".

Jefes de diferentes medios de prensa del mundo se reunieron en Barcelona, España, a mediados de noviembre del 2001, para discutir sobre la guerra que ocurría en Afganistán; y salió a relucir el contraste en la cobertura que hacían las grandes cadenas de televisión de Estados Unidos y Europa.

"Es como si se tratase de dos guerras diferentes", enfatizó Tony Burman, de la Canadian Broadcasting Corporation's (CBC), al exponer que la BBC de Gran Bretaña se interesaba más en el aspecto humanitario en la zona del conflicto, mientras las estadounidenses NBC, ABC y CBS otorgaban más importancia a los temas de las conferencias de prensa diarias del Pentágono.

Daba la impresión, según Burman, que los medios televisivos

de Estados Unidos "no se decidían a hablar del impacto humano" de la guerra. Le sorprendía también que las tres principales cadenas estadounidenses mantuvieran un tono "acrítico e hiperpatriótico" casi idéntico, a pesar del ambiente de extrema competencia en que se han desenvuelto.

El vicepresidente de NBC, Bill Wheatley, refutó que "nuestra cobertura de la guerra no es de ninguna forma parcial; nuestro objetivo es dar cuenta del esfuerzo de guerra estadounidense y eso es lo que los teleespectadores esperan de nosotros".

Para Wheatley, NBC hacía más de lo que debía para asegurar una cobertura lo más objetiva posible. "No hemos ocultado los daños colaterales... y no todo en la guerra funciona correctamente", afirmó.

Opinión explosiva

Catorce años antes, la tarde del viernes 19 de junio de 1987, uno de los supermercados más grandes de la Avenida Meridiana de Barcelona, España, sufrió un atentado que marcó a los periodistas de esa ciudad catalana. La organización terrorista vasca ETA (Euskadi Ta Askatasuna) hizo explotar un auto cargado con dinamita en el aparcamiento subterráneo y ocasionó 21 muertos y 45 heridos.

Los medios de prensa españoles que hasta ese día abogaban por darle a ETA una participación en el debate político, empezaron a reconsiderar el tratamiento de las noticias relacionadas con el terrorismo. Sin embargo, algunos periodistas españoles recibieron después varios reproches de sus colegas estadounidenses, que les sugerían dar voz a los etarras en pro del equilibrio informativo.

"¿Por qué ustedes no dan voz a los terroristas, si también tienen derecho?, me dijeron una vez en Nueva York", relata el periodista barcelonés Josep Cuní. Él alegó entonces que cuando habían dado a los etarras la oportunidad de hablar en los medios, éstos abusaron haciendo propaganda en vez de exponer argumentos. "Sus respuestas son consignas, no hay

diálogo, sólo monólogo".
A Cuní le parece lógico que el periodismo estadounidense haya cambiado su opinión sobre el equilibrio informativo, frente a los actos terroristas, porque tras la conmoción del 11 de septiembre "por encima de ser periodista estás como ciudadano". Él cree que la objetividad y la independencia son mitos y que ésta sólo sirve para decidir a favor de qué línea estás, porque "todos podemos enfocar cualquier noticia desde un punto afín o más lejano".
Lo mejor es el rigor y la pluralidad, afirma Cuní, quien entiende por rigor el apego a los hechos y por pluralidad la combinación de varias fuentes de información y análisis de la noticia. "Ante un terrorista, el periodista no puede ser neutral- alega-. No es justo que tratemos en igualdad de condiciones a la víctima y al verdugo; si estamos a favor y en defensa de los derechos humanos, no podemos ser neutrales ante la violación de esos derechos humanos".
Cuní reconoce que hay circunstancias en que el periodista tiene que entrevistar al victimario y hacerle preguntas duras, no angelicales, porque en esos casos el reportero actúa como un fiscal en representación de la sociedad.
Sin embargo, David Hume, quien asesoró la transformación del diario La Prensa, de Nicaragua, entre 1999 y 2001, está en desacuerdo con que los periodistas decidan quién es y quién no es un terrorista. "Para los palestinos, quienes usan bombas son heroicos combatientes por una causa justa- explica-. Si los periodistas podemos decidir quién es malo porque es terrorista, también podemos decidir quién es corrupto, o quién es demente, o quién es vaya a saber qué…"
Hume cree que en esas circunstancias los periodistas perdemos, si lo que buscamos es objetividad, "porque dejamos de ser ecuánimes, imparciales y equilibrados en el tratamiento de la información y de los protagonistas de la noticia".
"Es la ciudadanía la que debe decidir qué es lo malo y qué es

lo bueno en toda sociedad en base a la información completa, el análisis equilibrado y la perspectiva imparcial que le brinden los medios de comunicación. Creo que esa es la contribución que los periodistas deben hacer a la sociedad", afirmó.
El mejor periodismo es el que ilumina los temas que están ocultos, sugiere Anne Nelson. Para lograrlo es necesario tratar los hechos con la mente abierta, sin prejuicios, y documentarlos a través de fuentes diversas, sin representar a ningún partido político "porque estos pueden mentir", sobre todo si están en campaña.
Lo común ha sido que gobiernos y grupos de poder se resistan a aceptar que los medios de prensa actúen como lumbreras en algunos temas de interés general, porque los prefieren parcializados o comprometidos con una u otra de las posiciones en disputa, como fue tradicional durante la época de la guerra fría.

¿Defensor o informador?

Nicaragua y Honduras entraron en un conflicto territorial a finales del año 1999 y, en medio de una guerra verbal, el gobierno hondureño publicó un anuncio pagado en el diario nicaragüense La Prensa, el día 3 de diciembre, que reproducía un discurso de su presidente.
La reacción inmediata del gobierno de Nicaragua fue señalar a La Prensa de "vende patria" y decir que este periódico tenía el deber de rechazar el anuncio por lealtad a la nación. Luego, representantes de la embajada de Nicaragua en Tegucigalpa dijeron que los periódicos hondureños se habían negado a publicar un anuncio sobre la posición de Nicaragua en el conflicto, e hicieron énfasis en cómo los periodistas de Honduras sí actuaban de acuerdo con su gobierno.
El diario La Prensa, de Nicaragua, respondió que "la práctica de la libertad propia y el respeto a la libertad ajena exige actuar con integridad y por ningún motivo se debe impedir que alguien exprese libremente sus opiniones y explique sus

actuaciones". Además, que los nicaragüenses eran lo suficiente inteligentes "para discernir entre las palabras del presidente de Honduras y los hechos de su gobierno en el conflicto". El periódico nicaragüense hacía énfasis en que había publicado la propaganda hondureña "a pesar de que rechazamos con firmeza la pretensión de Honduras de despojar a Nicaragua de 30 mil kilómetros cuadrados de mar territorial".

Más de dos años después, el 31 de julio del 2002, el gobierno de Nicaragua volvió a reclamar a La Prensa por publicar otra página de publicidad del gobierno de Honduras. A primera hora un funcionario de la Cancillería llamó a la redacción del diario y le preguntó a uno de los editores: "¿Crees que si nosotros quisiéramos publicar un anuncio así en Honduras, aceptarían los periódicos de allá?" Por la tarde, el vice canciller Salvador Stadthagen y sus asesores llegaron a La Prensa y expusieron su inconformidad, pero éstos fueron más comedidos que sus antecesores (había otro gobierno desde enero del 2002) y se limitaron a decir "no nos agrada ver esa página publicitaria de Honduras, hubiéramos preferido que no se publicara, pero entendemos que en este país hay libertad de prensa". Los editores explicaron lo mismo que en la primera ocasión y al día siguiente el periódico publicó la respuesta oficial de Nicaragua, como noticia.

La periodista Isabel Ramos, del diario La Vanguardia de España, está convencida que "si das un punto de vista diferente al que defiende tu gobierno estás ampliando el horizonte del espectador y quizás le hagas pensar y plantearse preguntas que de la otra manera (autocensurada) quizás no surgirían... Que la gente piense por sí misma no suele gustar al poder en general".

Los periódicos pueden volverse menos interesantes y perder influencia por lo que dejan de publicar. Es la opinión de Soledad Gallego Díaz, directora adjunta del diario El País, de España. "Los periodistas nos hemos vuelto crédulos y acomodaticios,

hemos perdido la iniciativa, hemos dejado que se alzaran nuevas barreras contra la libertad de expresión e información", lamentó. Ella cree que los medios de prensa satisfacen poco los intereses de sus audiencias, sobre todo porque "estamos olvidándonos de lo más importante: nuestra misión es contar los hechos, lo que está sucediendo", pero con frecuencia "lo que publicamos es lo que alguien piensa que va a suceder".

A pesar de que hoy los reporteros están mejor preparados y los periódicos mejor diseñados, la tendencia es evitar las informaciones conflictivas, indicó Gallego. Una encuesta entre periodistas, realizada por la Universidad de Columbia, mostraba en el año 2000 que el 25 por ciento de ellos se había autocensurado en ocasiones para evitar problemas con la propiedad del medio en que trabajaban y el 77 por ciento renunció a escribir historias que parecían importantes, porque temían que sus jefes las consideraran "aburridas" o "demasiado complejas".

El temor y la propensión a la autocensura invadió tanto las salas de redacción en Estados Unidos, tras el 11 de septiembre, que la Organización de Naciones Unidas (ONU) expuso el 3 de mayo del 2002, a propósito del Día Mundial de la Libertad de Prensa, que "el mayor servicio que los medios de información pueden prestar en la lucha contra el terrorismo es actuar libre, independiente y responsablemente", y para cumplirlo "no deben dejarse amedrentar por las amenazas ni convertirse en mero portavoz de sentimientos patrióticos o de opiniones que inflaman los ánimos".

El mensaje, firmado por Kofi A. Annan, secretario general de la ONU, advirtió que "el terrorismo puede provocar reacciones estatales que conducen a la adopción de leyes, reglamentos y formas de vigilancia que socavan los mismos derechos y libertades que una campaña antiterrorista dice defender".

Preston Mendenhall recuerda que recibió cerca de mil mensajes electrónicos en que los lectores estadounidenses lo acusaban

de estar contra Estados Unidos y a favor de los talibanes. Todo eso por haber escrito sobre las víctimas civiles en Afganistán, a sólo tres semanas de iniciada la guerra. Los ciudadanos norteamericanos "sólo querían oír que los miembros del gobierno Talibán y de Al Qaeda eran malos y que ya los estaban matando las bombas", dijo Mendenhall.

A los pocos meses, sin embargo, "los norteamericanos comenzaron otra vez a apreciar su prensa libre y objetiva", pero ya el periodismo había sufrido un fuerte impacto, rememoró. La voladura de las torres gemelas de Nueva York provocó una divulgación nacionalista general y era lo que deseaban los ciudadanos norteamericanos en ese momento, aunque a largo plazo esa tendencia se tornaba peligrosa.

"Creo que muchos periodistas comprenden ahora que se equivocaron al agitar la bandera de Estados Unidos tan furiosamente- me dijo Mendenhall en agosto del 2002-. Por ejemplo, los estadounidenses carecen ahora de mucha información sobre la guerra contra el terrorismo, una información que pudo haber visto la luz si los periodistas hubiesen sido más prolíficos en producir noticias que no retrataran al gobierno de una manera (sólo) positiva".

Casi un año después del ataque contra Nueva York una encuesta reveló que en Estados Unidos había crecido en 10 por ciento la opinión contra la libertad de expresión, por considerarla un obstáculo en la guerra contra el terrorismo.

El estudio, realizado por la Universidad de Connecticut y publicado en agosto del 2002, mostró que el 49 por ciento de los estadounidenses creen que la libertad de expresión, la primera enmienda de la Constitución de los Estados Unidos, era un estorbo para enfrentar la nueva amenaza, el terrorismo. Con relación al año anterior esa opinión mostraba diez puntos porcentuales arriba.

También el 42 por ciento de los encuestados manifestó que la prensa "dispone de demasiado poder para hacer lo que

quiere", mientras el 40 por ciento opinaba que los periodistas tenían acceso muy limitado a la información relacionada a las acciones del gobierno contra el terrorismo, explicó Ken Paulson, director de First Amendment Center, organización que solicitó el estudio.

Lo ideal es que el periodista se guíe por principios, como buscar más de dos versiones sobre el mismo acontecimiento, tratando de conseguir mayor equilibrio en la exposición o reproducción de los hechos, pero sin perder el sentido crítico para examinar también qué hay detrás de cada suceso.

La labor de los periodistas es informar con amplitud y apego a los hechos. La defensa de las soberanías nacionales es función de otros, de funcionarios civiles, políticos o militares. Sin embargo, las experiencias expuestas, que han arrinconado al periodismo y desatado dudas sobre sus procedimientos, nos dejan la impresión de que objetividad y verdad son términos desacertados para definir o regir un trabajo en el que influyen emociones y apreciaciones personales, porque un hecho puede tener distintas interpretaciones y, en consecuencia, ser más veraz para unos que para otros, dependiendo casi siempre de la cultura, las circunstancias o el conocimiento de cada persona.

Irak: más cobertura, más ficción

El primer misil que cayó sobre la ciudad de Bagdad, en la madrugada del 20 de marzo del 2003, advirtió la caída del régimen de Saddam Hussein pero también inauguró la primera guerra con transmisión directa por televisión e Internet. Las cámaras fijas en las azoteas de los edificios céntricos de la capital de Irak, mostraban al mundo entero, sin edición ni retraso, el relumbre de las bombas estadounidenses lanzadas desde acorazados que navegaban en el Golfo Pérsico.

Luego entrarían desde Kuwait las tropas terrestres, con las que viajaban integrados (embedded, decían en inglés) unos 500 periodistas, algo también inédito, en esa magnitud; aunque a los pocos días de avanzar sobre el desierto, brotaron las contradicciones inevitables entre los intereses del poder y los del periodismo, que derivaron en confusiones y desinformación para el público que seguía el conflicto minuto a minuto en cualquier punto de la tierra.

"¿Puede retransmitirse una guerra como si fuera un partido de fútbol?", se preguntó, diez días después de iniciados los enfrentamientos, el periodista catalán Miguel Roca en el diario La Vanguardia, de Barcelona.

Cada 30 minutos, cuando menos, había nuevos escenarios de la guerra en los diferentes medios de comunicación electrónicos. "Las noticias avanzan incluso con mayor rapidez que los tanques", observó Roca, quien luego tuvo que aceptar que estaba frente a dos guerras: "La que se libra en el campo de batalla y la que nos cuentan los medios; y, por lo que se ve después, no parece que siempre coincidan".

En efecto, el sábado 22 de marzo las televisoras y las agencias cablegráficas, con periodistas integrados a las fuerzas estadounidenses y británicas, afirmaban que las tropas aliadas habían entrado victoriosas a la ciudad de Basora, al sur de Irak, lo que en realidad ocurrió hasta días después.

También, varias veces se informó de que el puerto de Um Qasr había sido tomado por las fuerzas angloamericanas y eso sucedió hasta tres días más tarde.
¿Por qué tanto triunfalismo y falsedad? Para entrar con las tropas aliadas a Irak, los periodistas tenían que sujetarse a 19 normas de los militares, entre ellas no hablar de la efectividad del enemigo ni de las bajas propias, hasta que concluyeran las operaciones, pero en todo caso el jefe de la unidad podía vetar o embargar las informaciones.
Nunca una guerra había sido tan cubierta por los periodistas, pero así como había más información, también había más confusión. Muchos detalles y poco contexto. Incluso, información sin confirmar, quizás lanzada por los militares de uno y otro bando, para desorientar cada cual a su enemigo.
Sin embargo, la cobertura periodística era sin precedentes. Sólo la cadena CNN tenía en el escenario de la guerra unas 250 personas y gastaba un millón de dólares diarios, según informó The Economist.
Fox News había enviado 100 periodistas, igual con un presupuesto millonario. La radiotelevisión británica BBC disponía de más de 200 reporteros e invirtió unos 15 millones de dólares durante las tres primeras semanas del conflicto.
En términos de audiencia, el medio que se impuso en la batalla informativa fue Internet, porque ofreció texto, imagen y sonido, dándole a su cobertura más amplitud que la televisión, más el audio y la inmediatez que le faltaron a los medios impresos. Por los sitios en Internet de las cadenas de televisión se observaban y escuchaban en directo los ataques aéreos sobre Bagdad, sólo que adolecían de la información de contexto, la que sí trataban de ofrecer los periódicos impresos y online, a los que recurrieron más las personas interesadas en profundizar, según estudios de la firma Nielsen en estados Unidos.
Jon Swartz escribió en el diario US Today que durante la Segunda Guerra Mundial el medio de comunicación que se

destacó fue la radio, en Vietnam la televisión, en la guerra del Golfo Pérsico de 1991 fue la televisión por satélite, que proyectó a CNN; en Afganistán quiso ser Internet y no fue posible, aunque en la guerra de Irak del 2003 Internet sí lo consiguió.
En la primera guerra del Golfo Pérsico, sólo la cámara de CNN, dirigida por Peter Arnett, transmitía al mundo por satélite los bombardeos sobre Bagdad.

Caen periodistas

Las primeras bajas entre los periodistas no fueron muertos, sino expulsados; uno de su empleo y el otro del frente de combate.
Peter Arnett, el reportero intrépido de la televisión de Estados Unidos, que se quedó en Bagdad en 1991, fue despedido por la cadena NBC News el 31 de marzo del 2003 por brindar declaraciones a la televisión oficial de Irak, en las que hizo críticas a la estrategia militar de Estados Unidos.
Arnett, quien ganó el Premio Pulitzer (1966) por sus crónicas sobre la guerra de Vietnam, escritas para la agencia Associated Press (AP), tuvo la suerte de ser contratado por el periódico británico Daily Mirror un día después que lo despidió la NBC.
"Los planificadores de guerra estadounidenses calcularon mal la determinación de las fuerzas iraquíes", había dicho Arnett, de 68 años, a la televisión de Irak. Al principio, NBC explicó en un comunicado que Arnett concedió la entrevista como "una cortesía profesional", pero un día después informó que el periodista cometió un error al brindar esas declaraciones "en tiempos de guerra".
Quedó en evidencia el irrespeto de la NBC al derecho de libre opinión de Arnett y se rumoró, entre los periodistas de Estados Unidos, que la cadena televisiva sufrió presiones de empresas poderosas y hasta de la Casa Blanca.
A Geraldo Rivera, reportero de la cadena Fox, que cubría las operaciones de la División Aerotransportada 101, lo expulsaron

los militares estadounidenses porque trazó ante las cámaras un mapa sobre la arena del desierto, indicando la posición de su compañía. Lo acusaron de revelar datos secretos y lo mandaron a Kuwait, donde lo despojaron de la credencial.

"Los periódicos de todo el mundo, incluidos los de Estados Unidos, publican diariamente mapas muchísimo más detallados que el burdo croquis de Rivera", dijo Enric González, corresponsal en Washington del diario El País.

En Bagdad, los periodistas extranjeros también tenían limitaciones fuertes para trabajar. "Se nos ha prohibido coger taxis en la calle e incluso salir sin un guía del Ministerio de Información o hacer entrevistas a los iraquíes sin su presencia", relató la enviada del diario El País, Ángeles Espinoza.

Medios vigilados

Desde que comenzó el ataque a Irak, los medios de comunicación social estuvieron en la mira de los militares. Al Yazira, la emisora de televisión árabe con sede en Qatar, fue atacada desde los dos flancos. El colmo sí, fue que le clausuraron los permisos para cubrir la Bolsa de Nueva York (NYSE) y del Nasdaq, donde cotizan las empresas de tecnología e informática. Fue algo "repugnante", como lo calificó el periódico The New York Times. Pero esa fue la reacción de Estados Unidos a las transmisiones de Al Yazira que mostraron al mundo las imágenes de los primeros soldados estadounidenses capturados por las tropas iraquíes, durante la primera semana de guerra.

Luego, el régimen de Hussein expulsó al enviado especial de Al Yazira en Bagdad y prohibió a otro, al iraquí Diar Al-Omani, seguir trabajando allí como corresponsal de la televisora que, según sus directivos, tenía en ese momento una audiencia de 35 millones de espectadores.

"Ellos no pueden dictarnos quién puede trabajar y quien no", dijo el editor jefe del canal, Ibrahim Hallal. Antes, el gobierno iraquí había expulsado a los corresponsales de CNN.

Después, a pocos días de que cayera el régimen de Hussein, un misil estadounidense destruyó las oficinas de Al Yazira en Bagdad y uno de sus camarógrafos murió. El representante de la organización Reporteros Sin Fronteras, Regis Bourgeat dijo que le sorprendía mucho el ataque a las oficinas de la televisión árabe, porque "desde el principio Al Yazira había informado de la localización de sus equipos de periodistas y de sus oficinas".

Según la convención de Ginebra, los reporteros son considerados civiles y deben ser protegidos como tales.

Las tropas de Estados Unidos también atacaron el Hotel Palestina, al entrar a Bagdad, donde estaban decenas de periodistas y en consecuencia murieron dos camarógrafos, uno del canal español Tele Cinco y otro de Reuters.

El vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney negó que el ataque al hotel hubiera sido deliberado. "Habría que ser idiota para pensarlo", respondió ante las dudas mostradas por algunos medios de comunicación, sobre la intencionalidad de los disparos.

La importancia de Al Yazira para el mundo árabe, según Javier Valenzuela, especialista en temas de Oriente Próximo del diario El País, es que esta fue "la primera guerra en la historia contada (también) desde el punto de vista del atacado".

Cuando Al Yazira transmitió las imágenes de soldados estadounidenses, declarando como prisioneros de guerra, el secretario de Defensa de Estados Unidos, Donald Rumsfeld pidió de inmediato a las cadenas de televisión de su país que nunca emitieran esas imágenes, por el daño que podían causar a las familias. En ese momento hubo una aceptación tácita, pero horas después las televisoras comenzaron a mostrar fragmentos del hecho.

A la mañana siguiente, el día 24 de marzo, Paula Zahn, presentadora de CNN, dijo en transmisión que "el Pentágono nos ha pedido que no emitamos las imágenes, pero la CNN ha decidido emitir imágenes y sonidos breves de los prisioneros,

porque el tratamiento que reciban forma parte de la cobertura informativa de la guerra".

Amnistía Internacional protestó el 26 de marzo porque las fuerzas aliadas atacaron el edificio de la televisión estatal iraquí en Bagdad. "No hay excusa para bombardear una central de televisión simplemente porque está siendo utilizada para emitir propaganda; es un objetivo civil", indicó el organismo pro derechos humanos, citando el artículo 52 del protocolo 1 de la Convención de Ginebra: "Los ataques deben limitarse estrictamente a objetivos militares".

Fuentes militares de Estados Unidos aseguraron que la televisora transmitía órdenes de la dirección a las fuerzas iraquíes que combatían al sur del país.

Voluntarios al infierno

Murieron once periodistas en menos de un mes de guerra en Irak. Uno de ellos, Julio Parrado, quien cubría para el diario español El Mundo, fue alcanzado por un misil iraquí en la retaguardia de la Tercera División de Infantería estadounidense, cerca de Bagdad.

Los periodistas "han elegido voluntariamente viajar a este infierno, en el que el miedo y el sufrimiento personal cuentan muy poco respecto a la noble tarea de ser testigos del horror ajeno", editorializó El Mundo al confirmar la muerte de su reportero.

Más de un año antes, en Afganistán, el 19 de noviembre del 2001, había muerto otro periodista de El Mundo, Julio Fuentes.

Pero a pesar de los periodistas muertos, la cobertura de la guerra iraquí era excepcional. "En Irak los aliados nos han permitido acercarnos como nunca, aún con trabas inevitables (al escenario del conflicto). Los argumentos, tanto a favor como en contra de esta guerra, pueden hoy apoyarse en datos reales, valiosísimos que nos han aportado Julio y nuestros demás compañeros. Esa información, ese servicio son los que nos permiten esperar que

su muerte no haya sido inútil", escribió el columnista de El Mundo, Víctor de la Serra.

Aunque las muertes de periodistas empañaban los ojos de este gremio casi todos los días, también era cierto que durante años los reporteros de guerra se habían quejado del bloqueo informativo, que sufrían desde Vietnam.

"Lo único peor- para la profesión y para la sociedad- que este riesgo terrible, que esta vulnerabilidad, sería renunciar a cubrir en primera línea, de primera mano, esta guerra y los demás conflictos del mundo", insistió de la Serra.

Las autocensuras

El acceso de los periodistas a los escenarios de esta guerra tuvo también otros costos, que afectaron a las audiencias. En la cobertura hubo al menos tres clases de autocensura: la "patriótica", la de "acceso" y la de "contribución a la causa", según la clasificación que hizo Jaime López-Aranda en la revista mexicana Letras Libres.

Como ejemplo de la "patriótica" señaló que Fox News "no transmitió ni una sola imagen de soldados estadounidenses prisioneros o de civiles muertos".

Al Yazira, por su lado, contribuyó a la causa árabe al reproducir sin ninguna crítica las últimas declaraciones del ministro de Información de Irak, Mohammed Saíd al Sahaf, quien decía que "los infieles están a punto de ser masacrados", a pesar de que en ese momento los tanques estadounidenses ya circulaban sin problemas en las calles de Bagdad.

Asimismo, CNN dio muestras de su autocensura "de acceso", durante el ataque al Hotel Palestina, "al transmitir sin cuestionamientos la titubeante justificación del ataque contra un hotel lleno de periodistas extranjeros", señaló López-Aranda.

La falsedad

A mediados del mes de julio del 2003, dos meses después de concluida la guerra de forma oficial, se descubrió que los

periodistas mintieron al informar el 24 de marzo que la soldado estadounidense Jessica Lynch se había enfrentado de forma heroica a las tropas iraquíes, antes de ser capturada por éstas.
Las crónicas periodísticas narraban que Lynch había disparado con dos armas contra el enemigo hasta que se le agotaron las municiones, que recibió impactos de bala y fue acuchillada antes de permitir que le apresaran.
Por esa historia de película que contaban los periódicos y la televisión, Lynch se convirtió entonces en un ejemplo de valentía que estimuló el patriotismo en Estados Unidos, en momentos en que las bajas estadounidenses aumentaban.
Pero una investigación del Ejército de Tierra, divulgada en julio del 2003, afirma que Lynch, miembro de la Compañía de Mantenimiento 507, resultó herida cuando el vehículo en que viajaba se estrelló contra un camión, al ser emboscados por las fuerzas iraquíes. El informe añade que en ese combate a los soldados estadounidenses les fallaron los fusiles de asalto M-16 y dos tipos de ametralladoras, por lo que resultaron once muertos, nueve heridos y seis capturados.
El Instituto de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) señaló la necesidad de reflexionar sobre qué tipo de periodismo nos gustaría preservar, preguntando: ¿El de los periodistas "embedded" y armados hasta los dientes en tecnología, o el de los diarios bien editados y reflexivos que saben dar un uso más orientador a esa tecnología?
Los sitios en Internet de las cadenas de televisión, recordó el Instituto de Prensa de Prensa de la SIP, se hicieron populares durante la guerra en Irak con historias narradas en primera persona por periodistas "embedded" y fotografías impresionantes, pero "sin contexto o guía fiable para el lector".

Ni tan lejos, ni tan cerca

Ha sido sin embargo la guerra más cubierta por la prensa mundial, porque además de ir 500 periodistas con las tropas

atacantes, más los que reportaban desde Bagdad y del norte de Irak, tenían los medios tecnológicos para enviar sus notas e imágenes más de una vez por día y hasta en caliente.
La historia del periodismo registra que durante el desembarco de las tropas aliadas en Normandía, en junio de 1944, sólo dos camarógrafos cruzaron el canal y 27 periodistas avanzaron en las lanchas anfibias. Luego, en la guerra de Corea hubo 70 periodistas y en la de Vietnam sólo 40 coincidieron con las tropas en campaña, a pesar de que se habían acreditado 400.
Durante la primera guerra del Golfo, cientos de reporteros acompañaron a las tropas, pero sólo Peter Arnett, de CNN, transmitía por satélite los bombardeos sobre Bagdad; y el periodista español Alfonso Rojo que también informaba en directo.
Existe un dilema entre los corresponsales de guerra: demasiado lejos no consiguen la imagen y muy cerca pueden perder la vida y nunca contar lo que vieron.
Alfonso Rojo, corresponsal del diario El Mundo, curtido por varios conflictos militares, dice que el fotógrafo más celebre de la Guerra Civil Española, Robert Capa, tenía una frase favorita, "if it isn´t close it isn´t true", para enfatizar que entre más nos acercamos al objetivo podemos conseguir más veracidad periodística.
Aunque, según Rojo, el modelo de corresponsal de guerra es Ernie Pyle, quien cubrió las batallas en 1942 para el Daily News, de Washington, y atrapó a millones de lectores con sus crónicas de interés humano.
El error de Pyle fue levantar la cabeza, para ver si los soldados de una división estadounidense aun estaban bien, y un francotirador japonés le acertó un balazo. Pyle murió el 17 de abril de 1945, en la isla de Ie Shima, a sólo cuatro meses de que terminara la guerra.
Una de las diferencias entre Pyle y los otros corresponsales era que "no prestaba atención a los comunicados de los cuarteles

generales... Lo suyo era la historia individual, el drama del instante bajo los obuses y las cargas a la bayoneta en primera línea", explica Alfonso Rojo, quien cubrió las últimas dos guerras en Irak, la de 1991 en Bagdad y la del 2003 en el Kurdistán, en la región norte.

"En el reportaje de guerra no es el valor lo que cuenta, aunque cierto coraje es imprescindible- afirma-... La clave estriba en la sensibilidad y en la capacidad de contar".

Las gotas que cambian

"¿Periodismo de investigación? Eso no existe", sentenció I.F. "Izzy" Stone durante una conversación con John Dinges. "Sólo hay periodismo bueno y periodismo malo", concluyó esa vez Stone, un prestigiado reportero norteamericano que falleció el 17 de julio de 1989. Los periodistas estadounidenses tienen un dicho, que para ellos parece ser la premisa del buen periodismo: "Si tu madre te dice que te ama, hay que confirmarlo". Es común escucharlo en las salas de redacción, pero es difícil saber si todos lo aplican con rigor.

Dinges, quien ha trabajado para The Washington Post entre otros medios importantes, sí cree que existe el periodismo de investigación, como método y técnica, pero comparte la idea de que en el periodismo "bueno" siempre hemos de investigar como rutina.

El se apasiona por lo encubierto y desde hace rato se resiste a escribir sobre los hechos que se pueden averiguar con facilidad. "Me interesan los secretos, lo que no me quieren reconocer", señala Dinges antes de sugerir que los periodistas tienen por oficio investigar a todas las instituciones que afectan la vida pública, para buscar secretos y encubrimientos de relevancia contra la sociedad.

"No es denunciología", aclara. Tampoco se trata de mostrar sólo acusaciones encontradas, porque "es de baja categoría" prestarse a que alguien haga acusaciones con el único fin de desprestigiar a otras personas.

El ex general Manuel Antonio Noriega, el hombre fuerte de Panamá hasta la navidad de 1989, se negó a darle una entrevista a John Dinges durante sus últimos años en el poder, pero el periodista publicó en 1990 el libro "Our Man in Panama. The Shrewd Rise and Brutal Fall of Manuel Noriega", con revelaciones sobre la relación misteriosa entre Noriega y el gobierno de Estados Unidos, cuyas tropas invadieron

el país canalero para derrocar al general y llevarlo a cárceles estadounidenses, bajo acusaciones de tráfico de drogas.
En la época que gobernó Ronald Reagan, Noriega era para Estados Unidos un aliado en la lucha contra el régimen sandinista de Nicaragua (1979-1990). Pero Noriega colaboraba a dos bandas, porque también era amigo de los sandinistas, a la vez que apoyaba a la Contra (guerrilla antisandinista) a solicitud del gobierno de Washington, según las averiguaciones de Dinges.
El periodista descubrió, en documentos oficiales de Estados Unidos, que gente de Noriega participó en acciones militares y de espionaje contra los sandinistas. Sin embargo, funcionarios norteamericanos encubrieron esa información. Cuando Estados Unidos comenzó a criticar a Noriega, hacía tiempo que éste tenía vínculos con los narcotraficantes y las autoridades norteamericanas lo sabían, indica Dinges.
"Yo investigaba memorandos de conversaciones, de reuniones entre Noriega y gente como Oliver North y John Poindexter, famosos por el caso Irán-Contra (tráfico de armas)", recuerda Dinges. ¿Qué pasó en esas reuniones? Los funcionarios estadounidenses decían que habían criticado a Noriega por su conexión con el narcotráfico. Éste, en cambio, dijo que le habían pedido ayuda para la lucha contra los sandinistas. ¿Cuál era la verdad? Dinges insistía: ¿Por qué no me dan el documento? Durante años el periodista pidió sin éxito el documento desclasificado, el memorando de conversaciones entre Poindexter y Noriega, con fecha precisa.
"Normalmente ese tipo de documentos te los dan, yo tengo muchos, incluso de reuniones entre Henry Kissinger y Augusto Pinochet, pero esos (de Noriega) los tienen clasificados todavía... Creo que hay algo ahí muy embarazoso", me dijo Dinges a principios del año 2002.
En Estados Unidos existe una ley denominada Freedom of Information Act (FOIA) que establece que toda información

de gobierno es abierta, aunque las autoridades tienen la posibilidad de protegerla como secreto, si demuestran una razón, un fundamento, para no desclasificarla.
"Para el libro sobre Noriega conseguí mas o menos mil paginas de documentos de FOIA, pero no recibí el documento oficial (de la conversación), me fue negado-recuerda Dinges-. Supe del contenido porque entreviste a dos personas presentes en la reunión y obtuve dos versiones del mismo Noriega. Hay contradicción entre lo que dice Noriega y lo que dicen los norteamericanos y por eso sería interesante ver el documento".
Como Noriega se negó a conversar con Dinges, a éste sólo le quedó la opción de conseguir las transcripciones de entrevistas que el general panameño había dado varios años antes a otros periodistas.
Al investigar, el reportero se dedica a juntar hechos y los documentos oficiales pueden ser una buena fuente de revelación de sucesos, ocurridos en un tiempo y en un lugar preciso. Por el contrario, juntar sólo opiniones no es investigar, aunque tiende a ser el producto más frecuente del periodismo.
"Se ha impuesto el periodismo de declaraciones- critica Josep Cuní-. Qué ha dicho A y qué responde B. Esa es una deformación. El periodismo es algo más que declaraciones. Es análisis... La explicación y el marco, la ubicación de las declaraciones".
Denunciar por denunciar "llevó a la investigación sin metodología científica, a la utilización de una sola fuente, generalmente interesada en combatir o destruir a alguien, a fingir fuentes inexistentes y a convertir al periodismo en arma de destrucción, de venganza o de chantaje", añade el periodista colombiano Javier Darío Restrepo, quien se ha desempeñado como Defensor del Lector en diferentes diarios.
En América Latina faltan leyes de acceso a documentos públicos y, a pesar de las dificultades para investigar, hay periodistas que consideran innecesarias esas leyes, porque se enorgullecen de

tener buenos contactos que les dan noticias exclusivas.
Sin embargo, el manejo de sólo contactos puede ser un engaño, porque son fuentes, por lo general gente con intereses políticos, que dan a los periodistas sólo lo que les conviene y al final algunos reporteros corren el riesgo de terminar manejados por sus contactos, sin percatarse. Esas relaciones son de mucho cuidado, porque el reportero puede llegar a ser tan bueno o tan malo como sus fuentes. Igual de cuidadoso tiene que ser con los informantes efímeros, porque la fuente de un día podría ser como el amor de una noche y dejarle más ilusión que satisfacción, según dicen los veteranos del oficio.
En cualquier caso, el periodista necesita evitar el "secuestro" sutil de las fuentes, así como dejar de arrogarse poderes y defensas que no le competen, de querer ser político, juez o fiscal, cuando lo apropiado es presentar la noticia tal como es y no como quisiéramos que fuera. Cuando el ciudadano compra el periódico, entra a Internet o sintoniza los informativos de la televisión y la radio, es para encontrar noticias, no especulaciones.
El público merece la posibilidad de meditar sobre los hechos, más si aceptamos aquel concepto de que "reflexionar es negar lo que uno cree", como decía el filósofo francés Emile Chartier (Alain, 1868-1951); ya que con tanta información circulando estamos expuestos a creer en espejismos y a distanciarnos de la realidad.
"No somos justicieros, somos periodistas", afirma Daniel Santoro, editor del diario Clarín de Argentina, quien investigó la venta ilegal de armas argentinas a Croacia y Ecuador, una revelación que condujo a la cárcel al ex presidente Saúl Menen en el año 2001, quien después fue liberado por orden de la Corte Suprema de Justicia de ese país. "El periodista no hace valoraciones, cuenta lo que sucedió", reflexionó Santoro tras la investigación que realizó durante seis años.

Obligado a dudar
En Argentina, el interés de los periodistas por investigar y fiscalizar aumentó después de la guerra de Las Malvinas, que terminó en junio del año 1982 con la rendición de las tropas argentinas tras más de dos meses de combates contra las fuerzas armadas de Gran Bretaña.
De esa guerra el periodismo sacó una lección inolvidable: No se puede confiar en las versiones oficiales. Mientras había guerra, los medios de comunicación relataban triunfos del ejército argentino sobre los ingleses, porque le creían a las fuentes oficiales del gobierno militar de Buenos Aires, que pretendía exaltar el patriotismo de la población con noticias falsas, recuerda Santoro.
Al final el periodismo perdió buena parte de la confianza de la opinión pública, por difundir noticias "de una victoria que sólo se daba en la cabeza de los militares". Luego, cuando los militares dejaron el poder, la prensa se deslumbró por el nuevo régimen democrático, pero cometió el error de callar varios hechos de corrupción para evitarle fracturas a la naciente democracia. Sin embargo, relata Santoro, el tiempo terminó por dar a luz pública el incremento de "la delincuencia de cuello blanco que hacía de las suyas en el poder".
Para Santoro, la nueva lección que recibía el periodismo argentino, esta vez lejos de los cañonazos y los trajes militares, le enseñaba que "los sistemas políticos se defienden sólo con sus propios hechos" y por tanto había que fiscalizar e investigar más.
Ojos más abiertos
Silvio Waisbord, experto en periodismo de la Universidad de Rutgers, afirma que en América Latina la prensa contribuye a la democracia cuando monitorea el desempeño de las instituciones gubernamentales; y al difundir noticias sobre abusos políticos y económicos puede originar investigaciones parlamentarias y judiciales, además de provocar que la opinión pública presione

o influencie a los políticos.
La globalización de la delincuencia hace necesaria la globalización del periodismo de investigación, sugiere Waisbord, porque esta es un disciplina que también ayuda a mantener mejor informada a la ciudadanía sobre hechos que de otra forma no estarían disponibles al público.
Si lo vemos desde la perspectiva de "Izzy" Stone, el periodismo necesita pasar de lo rutinario a lo extraordinario, de lo mediocre a lo bueno, donde el propósito investigativo es ineludible.
Incluso, la investigación periodística tiene razones a su favor desde el punto de vista empresarial de los medios y Waisbord señala que "una mayor competencia reciente, entre organizaciones de prensa en mercados en crisis, también llevó a que algunas optaran por el periodismo de investigación como una herramienta para ganar lectores".
En otro orden, si la democracia necesita al periodismo investigativo, éste necesita que la democracia ofrezca y garantice condiciones básicas, porque la ausencia de leyes de acceso público a la información estatal frustra el trabajo de los periodistas investigadores.
En Nicaragua las investigaciones periodísticas adquirieron relevancia cuando el diario La Prensa, la revista Confidencial y El Nuevo Diario sacaron a luz una serie de fraudes contra el Estado durante el gobierno de Arnoldo Alemán Lacayo (1997-2002). Los descubrimientos desencadenaron juicios en el año 2002 que mandaron a la cárcel a personajes antes intocables, entre ellos el mismo Arnoldo Alemán y Byron Jerez Solís, ex director general de Ingresos, quien fue acusado hasta de haberse construido una terraza en su casa de playa con dinero de las donaciones extranjeras para los nicaragüenses damnificados por el huracán Mitch (Oct. 1998).
Las instituciones del Estado se controlan entre sí, buscando el equilibrio del poder, pero es preciso que los medios de comunicación las fiscalicen e investiguen siempre "para

defender a la sociedad de los que abusan", opina el director del diario La Prensa, Jaime Chamorro Cardenal.
Sin embargo, lo que más afecta a los periodistas de Nicaragua es la falta de acceso libre a la información gubernamental. "Sin esta garantía el periodismo de investigación se hace sumamente difícil, además de que está al alcance únicamente de unos cuantos medios que tienen recursos para costear las investigaciones que son muy caras", explicó Luis Sánchez Sancho, editor general de La Prensa.
Danilo Aguirre Solís, director de El Nuevo Diario, cree que falta una transformación institucional en Nicaragua. "Lo que necesitan como garantía los medios de prensa, para investigar a fondo la corrupción pública y privada, es lo que toda la sociedad nicaragüense necesita para elegir directamente a sus diputados, poder tener los mejores magistrados y jueces por idoneidad y eficiencia, poder disponer de los recursos necesarios para frenar al poder y hasta revertirlo cuando intenta despojarnos de nuestros derechos".
Otras dos amenazas latentes contra los periodistas, según Aguirre, son el interés del poder económico por doblegarlos y la posibilidad de que los organismos coactivos del Estado los repriman, cuando éstos no toleran la libertad de información.
Las investigaciones periodísticas tienen a la postre efectos positivos en una nación, una vez que las autoridades castigan y frenan actos de corrupción. En una reunión con el Consejo Editorial de La Prensa, el presidente nicaragüense Enrique Bolaños dijo el 13 de junio del 2002 que la lucha contra la corrupción, que de hecho comenzó con investigaciones y denuncias en los medios de comunicación, le había evitado al Estado la pérdida de unos 400 millones de dólares durante los primeros cinco meses de ese año.
"La libre información permite a los ciudadanos no sólo estar informados, sino poder presionar para el bienestar de toda la sociedad", comentó Jaime Chamorro.

Aunque las garantías jurídicas son elementales, el periodismo nicaragüense también necesita terminar con "la dependencia estructural de la publicidad estatal", que ata a la mayoría de los medios, sobre todo a las radioemisoras, advierte Arturo Wallace, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Centroamericana (UCA).

"La doble naturaleza de los medios, que intentan compatibilizar una dimensión comercial con una pública, es en sí misma parte del problema" y "hace todavía más difícil que los medios puedan ejercer activamente una función de fiscalización de lo público que no se limite al Estado, sino que incluya a los actores privados", explica Wallace.

Propone que haya medios "verdaderamente públicos", que no dependan por completo de la publicidad estatal o privada, para que puedan desarrollar un periodismo de fiscalización auténtica.

Las leyes de acceso a documentos públicos, además de ampliar y hacer más confiable el trabajo de investigación de los periodistas, beneficia a los ciudadanos en general y a las organizaciones civiles que igual tienen interés en esa información. El problema ha sido la persistencia del criterio de que la información pública es propiedad privada de los funcionarios, cuando en realidad pertenece a la ciudadanía que financia con el pago de sus impuestos el funcionamiento del Estado.

Lo malo del secreto

Las compañías débiles y los gobiernos malos dependen del secreto para sobrevivir, porque el secreto permite que prosperen la ineficiencia, la corrupción y el derroche, afirma Richard Calland, especialista sudafricano en "democracia abierta" y autor del libro "El Derecho a Saber, el Derecho a Vivir: Acceso a la Información".

A los ciudadanos, el acceso a la información pública les permite examinar las acciones de su gobierno y pueden debatir, informados, sobre esas acciones. Asimismo, para el sector

privado el acceso a información de calidad es importante en las licitaciones, para que haya competencia libre y un mercado eficaz de ideas y productos, explica Calland.

Por eso, defender el derecho de la población a tener acceso a información es parte de un proceso más amplio de democratización. "El secreto es tanto función como efecto de los gobiernos antidemocráticos", sostiene Calland, quien recuerda que durante la era del apartheid el gobierno minoritario sudafricano suprimía el acceso a la información, los funcionarios respondían a las indagaciones con hostilidad o con desinformación, coartaba la libertad de prensa censurando reportajes o prohibiendo y confiscando publicaciones.

Luego, en la Constitución Interina que guió la transición a la democracia en Sudáfrica, se destacó entre las prerrogativas el acceso a la información: "Toda persona tiene el derecho de acceder a toda la información en manos del Estado o de alguno de sus órganos en cualquier esfera de gobierno, en la medida que se requiera dicha información para el ejercicio o protección de cualquiera de sus derechos".

Transparencia Internacional (TI) alertó en Londres el 22 de enero del 2003 que el acceso a la información seguía siendo un campo minado en gran parte del mundo y se había visto debilitado por la "guerra al terrorismo".

La organización no gubernamental -única en el mundo que se dedica en exclusiva a la lucha contra la corrupción- denunció que existía "una crisis de confianza" en el sector empresarial, tras los escándalos contables de compañías estadounidenses como Enron y WorldCom.

Sin embargo, "los gobiernos están tomando medidas para impulsar la causa de la transparencia" y "a los corruptos se les están agotando los escondites", dijo Peter Eigen, presidente de Transparencia Internacional.

Luis Moreno Ocampo, presidente de la organización argentina Poder Ciudadano y representante de TI en ese país, comentó

que "hace diez años el Banco Mundial no pronunciaba la palabra corrupción y en Suiza no se devolvía dinero ingresado en sus bancos procedente de sobornos, como ocurrió con el caso Montesinos (Vladimiro)", asesor del ex presidente de Perú, Alberto Fujimori (1990-2000).

El acceso a la información "es una protección vital contra la corrupción", pero se ha visto debilitada por las consecuencias de los atentados del 11 de septiembre y la posterior "guerra al terrorismo", añadió.

"La corrupción no son personas, sino redes enteras que involucran a jueces y periodistas y que van cambiando a lo largo del tiempo", explicó Ocampo.

Queja presidencial

El presidente de Costa Rica, Abel Pacheco, elegido en el año 2002, se vio envuelto en un escándalo a pocos meses de haber empezado a gobernar, cuando se supo que su campaña electoral recibió contribuciones millonarias no reportadas al Tribunal Supremo de Elecciones (TSE).

El diario costarricense La Nación destacó el tema durante semanas, pero el 12 de noviembre del 2002, cuando el Ministerio Público desestimó la denuncia penal contra el presidente, el periódico dedicó un espacio menor a la noticia. Eso enojó a Pacheco, quien se quejó ante la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) por la forma desequilibrada con que fue cubierto el desenlace del caso.

"Cuando el Ministerio Público recomienda desestimar la denuncia por presuntos hechos delictivos de naturaleza penal, interpuesta contra el presidente de la República, el diario La Nación le dedica a esa información una octavilla de su página ocho- expuso Pacheco a la SIP-. En informaciones y comentarios posteriores, desde luego más destacados y de mayor despliegue, el énfasis del diario La Nación es puesto no en la desestimación, sino en el hecho de que tal decisión surge de omisiones y errores técnicos de la ley".

"Eso, en periodismo, se llama desequilibrio que, en este caso, marca una inequívoca tendencia", aseguró el presidente costarricense. Luego, sugiriendo que el periódico trataba de afectar a su gobierno de forma premeditada, planteó que "si el tema (abordado de forma sistemática por La Nación) es el financiamiento de las campañas electorales, ¿por qué sólo interesó el financiamiento de una campaña en particular?, ¿por qué sólo la del hoy presidente de la República?"

El director de La Nación en esa época, Eduardo Ulibarri, explicó que "a simple vista sí es un tratamiento desequilibrado, por cuanto el caso se había desarrollado extensamente, siempre, por cierto, cuidándonos de tener las versiones del presidente y otros involucrados y de apegarnos estrictamente a los hechos; y cuando se produjo la decisión del Ministerio Público no recibió tratamiento de primera página y la noticia apareció en la ocho".

¿Qué pasó? Cuando el redactor de La Nación Ronald Moya se enteró en el Ministerio Público de la desestimación "no le dieron ningún elemento adicional y, además, el jefe del Ministerio, Carlos Arias, no lo autorizó a citarlo; le recomendó que llamara al presidente de la Sala III (penal) de la Corte Suprema de Justicia, Daniel González, a quien habían remitido la resolución, para que este, si lo consideraba oportuno, le diera detalles".

Ulibarri dijo que Moya no logró conseguir a González y tampoco, mediante otras fuentes, pudo obtener el texto de la resolución, por lo que "la decisión inicial fue no publicar la nota, a la espera de que al día siguiente se pudieran conseguir todos los elementos, para darle la solidez necesaria que justificara el despliegue oportuno".

Sin embargo, el noticiero del Canal Seis de televisión, Noticias Repretel, en su edición nocturna informó algo sobre el tema. El jefe de información de turno en La Nación, ante la posibilidad de que otros medios pudieran también sacar la noticia, decidió

incluir la nota aunque poco fundamentada.
"Al día siguiente, cuando se obtuvieron las declaraciones del magistrado González y el texto de la desestimación- comentó Ulibarri-, nos dimos cuenta de que esta no se basaba en que el presidente no tuviera responsabilidad en los hechos, sino en tecnicismos que, a pesar de conducir a la desestimación, no lo exoneraban de responsabilidad en los hechos. A partir de aquí se le dio seguimiento en páginas interiores".
Sobre la supuesta conspiración del periódico contra el gobierno, Ulibarri respondió que era lamentable que Pacheco confundiera "una legítima información periodística con campañas para imponerle una agenda" y explicó que informaron "a partir de documentos incontrovertibles sobre un tema de interés público, como son las campañas políticas".
"Si el presidente confunde esto con una campaña del tipo que menciona en su carta, no puedo decir más, porque esa campaña no existe", concluyó el director del diario que, además, publicó íntegra la carta de Pacheco dirigida a la SIP.

Ocultar es censurar

Con más frecuencia el periodismo se está planteando ir más allá del qué para buscar el por qué y decirle al público: Hasta donde investigué, esto es lo cierto, esto es lo mejor que pude hacer; te presento la información tal como es, no como yo quisiera que fuera.
Eso implica enfrentar la presión de gobiernos o instituciones privadas fuertes que tratan de evitar la difusión de cierta información que les afecta. En Estados Unidos la prensa sigue libre, pero después del 11 de septiembre del 2001 ha soportado más presión pública para que aminore sus críticas contra las instituciones del Estado; y en esas circunstancias algunos medios optaron por mantener una actitud patriótica, de pleno apoyo al gobierno.
"El patriotismo puede ser muy lindo, pero es poco crítico", sostiene el periodista John Dinges. Después del ataque terrorista

contra Nueva York, las autoridades estadounidenses pidieron a las televisoras que evitaran pasar en directo las declaraciones del jefe de los terroristas Osama Bin Laden, editando los videos.
"Esa fue una advertencia notable, no era una orden- comentó Dinges-. Pero esa (edición) es una decisión periodística y no es asunto del gobierno decirme cómo editar una noticia... El periodista puede decidir cómo es más importante dar la noticia".
También es grave que los periodistas, por decisión propia, traten de suavizar una noticia, ignorando hechos importantes. Cuando Estados Unidos bombardeó Afganistán, persiguiendo a los terroristas de Al Qaeda, hubo reporteros estadounidenses que "cambiaron las historias para no enfatizar en los muertos civiles afganos... Eso es autocensura, eso es más serio", dijo Dinges.
Ni los norteamericanos ni los británicos encontraron en Irak las armas de destrucción masiva que aseguraban tenía el régimen de Saddam Hussein, por lo que el presidente George W. Bush reconoció sus equivocaciones a mediados del 2003, tres meses después de concluida la guerra, pero aún así los periodistas de Estados Unidos le criticaron menos de lo que se esperaba, observó Jorge Ramos, de Univisión.
"Conozco a varios políticos, reporteros y columnistas que no se atreven a criticar a Bush por temor de ser calificados como 'traidores', 'antipatriotas' o 'antinorteamericanos'… No se trata de censura. Se trata, en algunos casos, de autocensura. En las salas de redacción se siente la presión para pensarlo dos veces antes de criticar a Bush y, por asociación, a Estados Unidos", escribió Ramos.
Es una consecuencia directa, en el periodismo, de los ataques terroristas contra Nueva York y Washington del 11 de septiembre del 2001, que dejaron unas tres mil personas muertas.

Silvio Waisbord señaló en octubre del 2002 que "en tanto los poderes oficiales tengan el poder de decidir lo que es noticia y lo que no, la información será parcial".
Los periódicos Detroit News, Detroit Free Press y Herald News de Nueva Jersey, demandaron por la vía legal el respeto a su derecho a la información y cobertura de casos de inmigrantes que fueron arrestados después del 11 de septiembre del 2001 y estaban incomunicados de familiares y abogados.
Las demandas las hicieron a través de la Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU). El director de este organismo en Nueva York, Anthony Romero dijo que "el gobierno argumenta que está en juego la seguridad nacional" y ACLU considera que "el ocultamiento de información es una forma de censura".
El Papa Juan Pablo II pidió a los periodistas, el 6 de diciembre del 2002, que busquen y cuenten siempre la verdad, aunque ésta a veces "sea inconveniente o no considerada políticamente correcta". Para el pontífice, el periodista tiene que ser "íntegro" y sensible a los aspectos morales, religiosos y espirituales de la vida humana, sugiriéndole luchar "por los más altos ideales de excelencia profesional" y relatar, además de hechos trágicos, las buenas acciones a favor de los pobres, los necesitados y los débiles, porque "el mundo necesita ejemplos de esperanza y heroísmo".
Un sector de los periodistas cree que, entre tanta injusticia social, es difícil ajustarse sólo a los hechos, sin que medien interpretaciones inspiradas en el criterio personal de quien escribe. Frente a ese dilema, Anne Nelson se declara convencida de que los periodistas podemos cambiar la política, poco a poco, con gotas de verdad.

Del rigor a las pruebas

La entrevistadora española Margarita Riviere cree que en el mundo el primer poder es la economía y el segundo la comunicación. El periodismo es, para ella, intermediación comunicativa; y argumenta que en la mayoría de los temas de conversación de la gente común y corriente, ha intervenido un periodista.
Pero la estructura de la información que circula es poco ventajosa para la sociedad, según las investigaciones de Riviere, autora del libro "El Segundo Poder", porque el 40 por ciento son malas noticias, el otro 40 por ciento son buenas y el 20 por ciento restante fluctúa entre las buenas y las malas. En consecuencia, el lector u oyente ya sólo quiere saber si va a sobrevivir mañana o no, ironiza.
Si el periodismo tiene tanta influencia, es interesante saber quiénes son los que en realidad influyen porque, de acuerdo a estudios realizados en España y citados por Riviere, las noticias que transmiten los medios de prensa están compuestas en un 70 por ciento por declaraciones de personajes con poder político o económico y famosos en general; el cinco por ciento son expertos y el 25 por ciento personas marginadas.
En Centroamérica, una debilidad del periodismo es pensar que la noticia equivale a lo que haya dicho alguien importante. Cada mañana o cada tarde, cuando nos preguntamos qué hay de nuevo, estamos expuestos a caer en la trampa de referirnos a la última declaración de personalidades del gobierno, de la oposición o del mundo académico, aunque esas mismas personas o cualquier otra ya hubiera dicho lo mismo y sin importarnos si es verdad o no.
A Indro Montanelli le preguntaron cómo ser periodista en el siglo XXI y él respondió que hace 50 años el periodista era el vehículo de las noticias y hoy es, sobre todo, el intérprete de las noticias. Montanelli, uno de los consagrados del periodismo

italiano que escribió hasta el último de sus días (murió en julio del 2001 en Milán, a los 92 años), explicaba que ahora "la mole de noticias es tal que la selección de estas ya implica un juicio de oportunidad y de valor". Pero el periodista es intérprete de la noticia, no sólo cuando hace de comentarista sino también cuando se desempeña como cronista, afirmó meses antes de fallecer.

Lo discutible es si el periodismo, con su poder, sirve de vehículo para que grupos influyentes afiancen o amplíen su dominio; o para brindarle un servicio a la sociedad y promover la democracia, que implica la desconcentración del poder a favor de una mayoría de ciudadanos.

De hecho, la comunicación en general, más expandida con Internet, ha demostrado tal poder que ya se considera casi imposible el retorno de los sistemas de gobierno totalitarios.

Lech Walesa, ex líder sindical y ex presidente de Polonia, cuenta que el sistema socialista en Europa Oriental fue derrotado en parte por los avances de la tecnología de la comunicación. "Si hubieran querido conservar el comunismo, tenían que haber usado la censura, no permitir Internet, los teléfonos celulares... Gorbachov (Mijail) y otros (líderes socialistas) hubieran tenido que agrandar la policía política, poner un policía en cada casa para que usted no llame a Estados Unidos sino a Rusia... El comunismo no aguantó el ímpetu del desarrollo", dijo Walesa en abril del año 2002 al periodista nicaragüense Alberto Alemán.

Entre los países socialistas, Polonia fue uno de los primeros en arrebatarle libertades al gobierno de Moscú, que dirigía todo el bloque. Aunque "no fue fácil trabajar bajo el régimen socialista", recuerda el periodista Ryszard Kapuscinski, "muchos rusos aprendían polaco para leer nuestra prensa, porque comparada con la de ellos era libre... Incluso en los años 80, durante la época del movimiento Solidaridad, nuestra prensa fue prohibida en la Unión Soviética".

La información periodística circula hoy sin fronteras, con ciertas excepciones, y su efecto es vital para la libertad de los ciudadanos. Poco a poco desaparece la diferencia entre noticia nacional e internacional, así como caen las murallas que impiden la comunicación entre sociedades oprimidas y sociedades libres.

El muro de Berlín, por ejemplo, fue derribado (1989) debido, en parte, a que los medios de prensa electrónicos (radio y televisión) del occidente de Alemania influyeron cada día en los habitantes de la zona oriental. Winfried Scharlau, historiador y comentarista de una radioemisora alemana, recuerda que en junio de 1989, cuando los militares chinos masacraron a los estudiantes en Beijing, la televisión oficial de la Alemania Democrática (RDA) sólo difundió la versión del Partido Comunista de China, de que fuerzas contrarrevolucionarias habían intentado, con ayuda exterior, derrocar el orden socialista.

Sin embargo, los habitantes de la Alemania Oriental tuvieron acceso a una segunda interpretación de los acontecimientos en la Plaza Tiannanmen, ofrecida por los medios de prensa occidentales que relataban la historia de un partido corrupto y arrogante, que había perdido la confianza del pueblo y para defender su poder lanzaba los tanques contra los manifestantes.

"El sistema comunista no sirve para el siglo XXI, porque limita las posibilidades y por eso salió derrotado; no servía para este desarrollo, no servía para la libertad, no compaginaba con las computadoras, con Internet, con la televisión por satélite", afirmó Lech Walesa.

Testigo sí, juez no

En el año 2002 cumplió 30 años uno de los hitos del periodismo de investigación, el descubrimiento del caso Watergate en Washington, que después obligó al presidente Richard Nixon a renunciar, en 1974. Aún con las innovaciones tecnológicas

que han venido facilitando el trabajo de los reporteros desde entonces, las reglas básicas del ejercicio periodístico siguen siendo sencillas y podríamos darle a la sociedad un servicio muy importante si consiguiéramos aplicarlas de forma correcta.

Dos reporteros muy persistentes, Carl Bernstein y Bob Woodward, interesados en indagar y verificar una serie de hechos para el diario The Washington Post, lograron descubrir en 1972 el espionaje del gobierno republicano en la oficina electoral del Partido Demócrata y con ese trabajo fomentaron la misión investigativa del periodismo.

Desde entonces, el factor "independencia" cobró fuerza como mandamiento del periodismo, como algo elemental para que éste cumpla con la función de servir a la ciudadanía, informándola de cuanto sucede, ajustándose a hechos confirmados y exponiéndolos de forma equilibrada, sin resaltar datos a conveniencia propia.

Ha sido difícil, sin embargo, tener un periodismo más leal al ciudadano que al poder político, porque ha predominado la fidelidad a partidos e ideologías, o a campañas patrióticas como hemos visto cada vez que comienza una guerra o un conflicto entre naciones.

Si el periodismo se empeñara en contar lo que pasa, con profesionalidad, dejando que los hechos hablen por sí solos, "puede con frecuencia mejorar la vida de los ciudadanos", dice Luis Foix, director adjunto del diario español La Vanguardia.

Juan Luis Cebrián, del diario El País, insiste en ser rigurosos en la verificación y exhaustivos en las pruebas, advirtiendo que los periodistas deben cuidarse de "no cambiar su condición primaria de testigos por la de jueces".

Cuando decidieron investigar a fondo el Watergate, los dueños y la dirección de The Washington Post se aferraron a la tesis de que "un diario es una empresa mercantil, y como tal se debe a sus clientes, pero es también un órgano de opinión pública, por lo que su obligación es servir, antes que nada, a

los ciudadanos".

Cuando cayó Nixon creció la percepción de que el periodismo era un poder, capaz de quitar y poner mandatarios, pero también aumentó el interés de las organizaciones políticas por afinar los mecanismos para la utilización de los medios informativos.

"No conozco a muchos periodistas a los que les gustaría ser políticos, pero sé por experiencia que a muchos políticos les gustaría hacer editoriales, chistes, titulares y portadas que cantaran las excelencias de su gestión", comenta Foix.

Para Ben Bradlee, editor de The Washington Post en la época del Watergate, una de las glorias del periodismo es que sobrevives a la gente que está en el poder.

De hecho el periodismo es más una actividad de servicio a la sociedad que un poder; aunque su función ha sido distorsionada por las manipulaciones políticas y porque los periodistas hemos aceptado, en ocasiones, renunciar a la labor de investigar y explicar al público lo que ocurre con apego estricto a los hechos.

Transparencia, otro desafío

Sin embargo, el apego a los hechos y el esclarecimiento de los problemas de un país también dependen del acceso de los periodistas a información custodiada por el Estado. En el año 2001, los candidatos a la Presidencia de Nicaragua, algunos quizás presionados por las circunstancias, respaldaron con su firma los principios de la Declaración de Chapultepec sobre la libertad de expresión y de prensa, un compromiso importante para el futuro del país que, sin duda, era un reto difícil frente a la cultura política autoritaria que había prevalecido.

La Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que adoptó la Declaración de Chapultepec el 11 de marzo de 1994, hizo entonces un análisis del cumplimiento de los diez principios de esa proclama en Nicaragua, llegando a la conclusión de que sólo dos habían sido acatados.

Uno era la garantía constitucional de que la libertad de expresión y de prensa es un derecho inalienable del pueblo y, el otro, el derecho de toda persona a buscar y recibir información, expresar opiniones y divulgarlas libremente, tal como establece la Constitución nicaragüense.

Nicaragua había incumplido uno de los principios clave para que haya libre expresión y de prensa: El deber de las autoridades de poner a disposición de los ciudadanos, en forma oportuna y equitativa, la información del sector público.

El acceso de la población a esa información del Estado, es necesario para que haya transparencia en la administración pública. Actos de corrupción han quedado impunes porque las autoridades los han ocultado, cerrando las puertas a los periodistas o a ciudadanos que piden una explicación sobre hechos o decisiones que les afectan de forma directa.

Una mujer murió por negligencia médica en un hospital de Managua, a donde llegó a dar a luz en el año 2001, pero las autoridades del Ministerio de Salud le ocultaron a su esposo el informe de la comisión que investigó el caso. Los reporteros de La Prensa quisieron tener acceso al expediente y también les fue negado.

En esas circunstancias, cuando las autoridades intentan tapar abusos con su poder, es que los ciudadanos afectados necesitan conseguir información verdadera y oportuna para exigir justicia en los tribunales.

Un grupo de periodistas nicaragüenses presentó en 1999 el proyecto de Ley de Acceso Ciudadano a los Documentos Públicos, pero hasta el año 2003 los diputados lo habían ignorado, quizás porque les parecía inconveniente para el estilo de gobernar autoritario de los partidos políticos del país.

La propuesta de ley decía en su artículo primero que "toda persona tiene derecho a consultar los documentos que se guarden, conserven o estén archivados en las oficinas del Estado y a que se les extienda copia de ellos a su costo".

Excluían los expedientes de salud de personas vivas, expedientes bancarios de personas naturales y jurídicas, proyectos de sentencia judicial, informes de inteligencia y pesquisas de la Policía en casos inconclusos.

También pedían que el gobierno central y las autoridades municipales mostraran el manejo de sus presupuestos y los contratos que suscriben, por ejemplo. Para lograr una ley así, sólo faltaba que el partido gobernante y los que legislaban en el parlamento asumieran el desafío de administrar el Estado con transparencia.

Más rigor, más luz

Katharine Graham murió en julio del año 2001 y periodistas de todo el mundo recordaron la valentía con que ella respaldó a los reporteros del Washington Post, en las investigaciones del caso Watergate. Valoraron también el ejercicio del periodismo frente al poder, que muchos consideran necesario para iluminar los tiempos de oscuridad, sólo que requiere una independencia férrea como la que propició Graham en el periódico que tuvo que dirigir, de forma inesperada, al fallecer su marido en 1963.

The Washington Post era un periódico sin trascendencia cuando Katharine tomó el mando y empezó a sobresalir a finales de la década de los 60, al publicar documentos confidenciales del Pentágono, granjeándose una serie de acusaciones de diferentes sectores con poder.

A ese diario lo acusaron de poner en peligro la seguridad de la patria por revelar secretos de Estado, pero luego el Tribunal Supremo de Estados Unidos falló a su favor y más tarde logró un éxito rotundo al publicar las historias del espionaje que hacía la administración Nixon en el edificio Watergate.

En los inicios del siglo XXI, medios de prensa en América Latina también han afrontado acusaciones o presiones por razones parecidas: Develar secretos de gobiernos que afectan a la sociedad y obstruyen los procesos democráticos.

Los gobernantes suelen aferrarse a la excusa de que los medios que les critican o les investigan ponen en peligro la seguridad o el futuro de la patria. Pero esa justificación empezó a perder valor desde antes del caso Watergate, cuando al Washington Post lo favoreció la sentencia de los tribunales norteamericanos, a propósito de los documentos del Pentágono, a finales de la década de 1960.

¿A qué se debe? El periodista español Alfonso Armada considera que el poder, que siempre tiene demasiado que ocultar, "trata a sus ciudadanos como súbditos, niños incapaces de entender la verdad, la envergadura de las tareas para las que se elige a los gobernantes, que siempre saben lo que conviene".

La gran influencia que adquirió The Washington Post en la sociedad norteamericana proviene de ese ejercicio periodístico "contrapoder", pero también es producto de la autocrítica sistemática a que tuvo que someterse el equipo de periodistas del diario, tal como reveló después uno de sus directivos y defensor de los lectores.

Una de las lecciones que sobresalió al morir Katharine Graham es que si los periodistas queremos contribuir para que surja la verdad, también tenemos que someternos al escrutinio riguroso, analizando con franqueza los errores que cometemos cada día, porque de eso dependerá la fuerza de la luz de las publicaciones. Al final, la verdad resulta ser como una estrella; está ahí, uno nunca la toca, pero sirve para guiarse.

Las amenazas latentes

La tarde del 22 de octubre del 2002, cuando los periodistas del diario nicaragüense La Prensa redactaban sus notas, un hombre armado con pistola entró al edificio disparando y en la sala de redacción amenazó al personal con provocar "un baño de sangre". Era Tirso Moreno, ex jefe de la Resistencia Nicaragüense (Contra), la organización irregular que se enfrentó al régimen sandinista durante la década de 1980 y abandonó las armas a mediados del año 1990, cuando un nuevo gobierno, presidido por Violeta Barrios de Chamorro, inauguraba la democracia en el país.

Moreno tomó como rehenes a periodistas y otros empleados y pidió la mediación de personajes del país. Estaba borracho y repetía que su asalto a las instalaciones del periódico era en protesta por la muerte de un hijo del ex presidente Arnoldo Alemán, ocurrida unas horas antes, según él en un atentado político.

En realidad el hijo del ex presidente, también llamado Arnoldo, había muerto esa tarde en un accidente en la finca El Chile, donde vivía con su padre en las afueras de Managua, mientras se dedicaba con sus empleados a succionar el agua de una pila. Una bomba extractora, que funcionaba con gasolina, se dañó y colmó de humo tóxico la fosa, donde fueron cayendo inconscientes los trabajadores, y luego él, afectados por el monóxido.

El ex presidente Alemán era noticia cotidiana porque se le acusaba de fraudes contra el Estado y entonces sólo faltaba que le quitaran la inmunidad, la protección que le otorgaba la ley como diputado en el Poder Legislativo, para ser enjuiciado. Esa tarde Tirso Moreno se dirigía de su finca, en el nororiente del país, hacia la ciudad de Managua. Había bebido licor y por el radio de su camioneta escuchó la primera noticia de la muerte del hijo de Alemán. Era la primera versión, bastante confusa, y

un periodista decía que el joven había muerto producto de una bomba, lo que parecía ser un atentado.

A Moreno se le ocurrió en el acto asaltar las oficinas de La Prensa, el periódico que había develado negocios sucios de Alemán y algunos funcionarios de su gobierno (1997-2002), una serie de actos de corrupción por los que ya la Procuraduría General de la República acusaba al ex presidente.

Por lo mismo, desde hacía meses radioemisoras ligadas a Alemán y a su partido, el Liberal Constitucionalista (PLC), lanzaban ataques contra La Prensa, periódico al que culpaban por las acusaciones judiciales contra el ex presidente. Por esas emisoras, ex jefes de la Contra, como Moreno, también amenazaban con rearmar a su gente para crear disturbios si Alemán terminaba encarcelado.

El secuestro en LA PRENSA, que culminó la misma tarde al rendirse Moreno a la Policía, había sido en parte consecuencia del fanatismo que se colaba por ciertos medios de comunicación, entre ellos Radio La Poderosa, recién clausurada; pero este asalto, que pudo haber terminado en una tragedia, obligaba a los periodistas nicaragüenses a examinar una vez más el sentido de la libertad de prensa y su responsabilidad como profesionales de la comunicación.

El editorial de La Prensa del día siguiente señaló que "los políticos corruptos y sus secuaces... creen que matando al mensajero van a impedir que se divulgue el mensaje sobre lo que realmente ocurre". Denunció que el atentado criminal contra los empleados del periódico, también pretendía sabotear la libertad de prensa "para tratar de castigarnos porque informamos la verdad y denunciamos los abusos de poder y la corrupción de reconocidos líderes políticos de Nicaragua".

Informar con libertad es necesario para que ninguna autoridad actúe al margen de la ley y que los ciudadanos ejerzan sus derechos, tengan o no poder; pero también es obligación de los medios de comunicación evitar, en la medida de lo posible,

que grupos de poder o transgresores de la ley les utilicen para atentar contra el bienestar y la seguridad de la población.

Moreno fue acusado en los tribunales por secuestro y exposición de personas al peligro, pero un jurado de conciencia lo declaró inocente el seis de mayo del 2003. La justicia nicaragüense mostró debilidad al dejarlo libre y quedó en el ambiente la idea de que agredir a los periodistas o a los medios de comunicación, como había hecho él, era un delito menor.

Por otro lado, eran evidentes las consecuencias de predicar violencia a través de estos medios, como acostumbraba Radio La Poderosa aprovechando la libertad de prensa irrestricta. Era otra forma de atentar contra el bienestar y la seguridad de la población y poner en riesgo la democracia que, entendemos, es la vía idónea para que todos los ciudadanos lleguen a tener derechos y deberes iguales.

Cierre brusco

El gobierno de Enrique Bolaños, que sustituyó al de Arnoldo Alemán, cerró el primer medio de comunicación en Nicaragua desde 1990, año en que fue declarada la libertad de prensa en el país. Se trata de Radio La Poderosa, manejada por allegados a Alemán que diario lanzaban críticas y ofensas contra el nuevo presidente de la República, quien había empezado a enjuiciar a los funcionarios corruptos de la administración anterior.

El gobierno ordenó clausurarla el 11 de octubre del 2002 con el pretexto de que la frecuencia, concedida a un organismo de la Iglesia Católica (Coprosa) y operada por un grupo del Partido Liberal Constitucionalista (PLC), no había sido inscrita años atrás en los registros del Ministerio de Gobernación y por tanto estaba ilegal, además de tener equipos importados sin las pólizas correspondientes.

Era la misma emisora en que Tirso Moreno y otros ex Contra lanzaban ofensas y amenazas contra los adversarios y críticos de Alemán, con un lenguaje casi siempre soez.

El diario La Prensa rechazó de inmediato la medida del gobierno

contra la radioemisora, señalando en un editorial que en vez de clausurarla por la vía administrativa, las autoridades debieron abrirle un juicio a los presuntos culpables por la ilegalidad en que se hallaba el medio y sus equipos.

Después de indicar que el cierre administrativo de cualquier medio de comunicación atenta contra "la más sagrada de todas las libertades, que es la de expresión e información", La Prensa solicitó la reapertura de La Poderosa "sin perjuicio de llevar a los tribunales a las personas que (el gobierno) considere que la han usado para delinquir".

La variable

Solemos repetir que la libertad de prensa es elemental para que haya democracia en un país, pero es conveniente aclarar que, además de una prensa libre, la sociedad necesita más periodismo con calidad, porque la libertad sola le abre espacio a la información buena, a la mediocre y a la basura.

"Para reducir la pobreza, debemos liberar el acceso a la información y mejorar su calidad", sugirió el presidente del Banco Mundial, James D. Wolfensohn, en el prólogo del libro The Right to Tell (El derecho a informar).

Wolfensohn afirma que "las personas más informadas tienen las herramientas para tomar mejores opciones" y por eso "la prensa libre es básica para un desarrollo igualitario y no debe ser un lujo disponible sólo en los países ricos".

Los ciudadanos tienen derecho a recibir información verdadera y amplia, lo más completa e interesante posible, aunque resulta difícil que los medios de comunicación satisfagan a plenitud ese requerimiento.

En una escala de uno a diez, los medios nicaragüenses satisfacen en cinco el derecho de la población a ser bien informada, opina el editor general del diario La Prensa, Luis Sánchez Sancho. Lo importante ahora, dice, es que los medios hagan el esfuerzo permanente por satisfacerlo.

El director de El Nuevo Diario, Danilo Aguirre Solís señala que

en Nicaragua los medios de comunicación se han convertido en la única institución creíble para los ciudadanos y a través de ellos desahogan sus denuncias y críticas. "De esa manera los medios alcanzan óptimas satisfacciones para la información de los nicaragüenses, aunque esta situación coloca también a los medios en permanente confrontación con el poder público y le resta espacios para desarrollar un periodismo más recreativo".

El profesor de periodismo de la Universidad Centroamericana (UCA), Arturo Wallace critica la tendencia de los medios nicaragüenses a concentrar su cobertura en torno a instituciones y funcionarios públicos, líderes políticos y grandes empresas. "Si bien esto forzosamente lleva a abordar temas de interés colectivo, muy pocas veces se hace el esfuerzo de articular estos grandes temas con la experiencia cotidiana de la población", afirmó.

En The Right to Tell los expertos del Banco Mundial se preguntan si los medios libres sirven para promover las libertades democráticas o si es la democracia la que promueve la libertad de los medios. Roumeen Islam, uno de los editores, dice que se pueden producir ambos efectos y hay distintos grados de democracia y de libertad de los medios.

El Premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz advierte en la misma obra que los funcionarios estatales, que filtran información a los medios, pueden crear una dependencia mutua. "Las filtraciones son importantes, pues sirven para revelar información que de otra manera jamás saldría a la luz, pero también permiten al gobierno modelar la cobertura de los medios de manera que favorezca a sus propios intereses".

Por otro lado, la competencia entre empresas periodísticas limita el abuso de poder de los propietarios de los medios de comunicación, sostiene Stiglitz, quien sugiere que la mejor manera de controlar los abusos informativos es la existencia de una prensa competitiva que plasme diferentes puntos de vista.

La objetividad, según plantea Edward Herman en la obra,

es "presentar de manera justa e imparcial, el mismo hecho desde distintas perspectivas, procurando dejar de lado las inclinaciones de tipo político a la hora de buscar los hechos" y "decidir qué merece la pena contar conforme a valores periodísticos coherentes, lejos de programas políticos concretos, de influencias ideológicas o consideraciones estratégicas o de rentabilidad".

La justicia

La justicia independiente es la base para garantizar la libertad de prensa plena en un país. En naciones con dificultades económicas o regímenes autoritarios, esa libertad está más amenazada porque los gobiernos tratan de impedir la divulgación de algunas noticias, con el pretexto de que éstas pueden dañar el desarrollo del país, aunque ha sido común que lo hagan para proteger la imagen de funcionarios y encubrir irregularidades.

La presión de funcionarios públicos sobre los periodistas aumenta si se trata de ocultar fraudes o mal uso del dinero público. "Cuando hay demasiada gente que propicia la corrupción, es más difícil para la prensa mantener su libertad y la posibilidad de develar esa situación", dice Peter Prüfert, director del Instituto Internacional de Periodismo de Berlín.

En noviembre del año 2001, el presidente nicaragüense Arnoldo Alemán, en un intento por imponer censuras indirectas, dijo que había tolerado "hasta libertinaje en los medios" de prensa y por eso proponía una ley contra las emisoras de televisión, según él para proteger a la población de los empresarios monopolistas.

La Constitución de la República de Nicaragua garantiza la libertad de prensa, pero el gobierno de Alemán había insistido en buscarle trabas legales a esa libertad, incluso a través de una reforma del Código Penal.

El delito de los periodistas, según se deducía de las mismas quejas de Alemán, había sido tratar de mostrar con la mayor

claridad posible lo que sucedía en su administración. Pero esa insistencia periodística ayudó a poner al descubierto más de diez casos de corrupción en el Estado, en los que apareció involucrado él y por los cuales le abrieron causa judicial el 22 de diciembre del 2002.

De acuerdo a las leyes nicaragüenses, ningún presidente del país tiene la competencia de conceder ni más ni menos libertad de prensa. Por ende, juzgar si los periodistas han sido libertinos o no, sólo compete a la justicia en la medida que ellos ocasionen daños comprobados a personas o a la sociedad.

Prüfert, que cada año trabaja con periodistas de diferentes países del tercer mundo, me explicó cómo afrontan esas situaciones en Alemania. "Tenemos una constitución favorable a la prensa libre- dijo-, pero hay cortes jurídicas que deciden y casi siempre lo hacen a favor de la prensa".

Se detiene un poco y enfatiza: "Me parece importantísimo, en una democracia, tener jueces independientes que puedan decidir cuándo hay faltas".

Si la justicia de un país carece de independencia, las sentencias de los jueces pueden ser acomodadas a la conveniencia de grupos de poder. Un juez parcial puede limitar el derecho a la libertad de expresión y de prensa, aunque la Constitución de la República lo exprese con claridad.

"Hay disputas políticas con los gobiernos y partidos que tratan de coartar la libertad de prensa, y las cortes regularmente han decidido a favor de la prensa y eso ayuda mucho, porque el juez independiente funciona bien en Alemania a favor de la libertad de expresión", afirma Prüfert.

Joseph Stiglitz cree que "la libre expresión y la prensa libre no sólo disminuyen la probabilidad de abusos por parte de los poderes del gobierno, sino que también aumentan la posibilidad de que se satisfagan las necesidades sociales básicas de los pueblos".

Stiglitz, quien fue el economista principal del Banco Mundial,

piensa que al haber más libertad de prensa es posible disminuir los abusos en los procesos políticos y en los mercados, porque "muchas de las decisiones tomadas en el escenario político tienen consecuencias económicas" y "una información de mejor calidad y más oportuna es la base para mejorar la asignación de los recursos y hacerla más eficiente".

Contra la ética

Una iniciativa de ley contra un supuesto monopolio de los medios de comunicación en Nicaragua, que presentó sin éxito un diputado liberal a finales del año 2001, hubiera perjudicado el desarrollo profesional del periodismo en el país, cuyo desempeño investigativo era más notable.

El diputado pro gubernamental Eliseo Núñez Hernández señaló al Canal Dos de televisión como ejemplo de lo que los liberales consideraban malo y pretendían controlar con una ley, dizque para "salvar" a la población de esa influencia "perniciosa". Ese canal ocupaba el primer lugar de audiencia, según las encuestas de opinión, y en ningún momento el gobierno demostró que fuera un monopolio empresarial. Semanas después Núñez retiró la propuesta legislativa, explicando que nunca quiso afectar a ninguna empresa local, sino proteger al país de la amenaza de algunas televisoras internacionales.

Para el gobierno el problema de fondo parecía ser la calidad de la información que difundía la televisora, no el carácter de la propiedad. Antes la había emprendido contra el diario La Prensa, primero aplicándole un reparo fiscal a mediados de 1999 por más de cuatro millones de córdobas (unos 300 mil dólares en esa época), luego bloqueándole la publicidad del Estado y después cerrando las puertas a sus periodistas.

El presidente Alemán se mostraba desesperado por las revelaciones de los medios de comunicación, sobre supuestos robos y transacciones ilegales durante su administración, y con frecuencia caía en contradicciones porque prometía democratizar el país y a la vez pretendía que la población sólo

conociera una versión de lo que sucedía, la del gobierno, en una suerte de dictadura informativa que trataba de acallar las voces periodísticas independientes.

Eternos "culpables"

Ya se había vuelto rutinario en Nicaragua culpar al periodismo por los males de la nación. Incluso, cuando algún funcionario público salía implicado en un escándalo y los medios de comunicación aportaban pruebas o elementos esclarecedores, venían críticas desde el gobierno que trataban de acusar a los periodistas por el daño emocional o material que podían sufrir esos personajes.

El argumento más repetido por las autoridades ha sido que los periodistas invaden el espacio privado de las personas. El diputado Marlon Castillo Tejada intentó suicidarse en la sala de sesiones del parlamento nicaragüense un día de mayo del año 2000, y en su desesperación dijo que estaba resentido con los periodistas porque estos le habían puesto contra la pared.

En realidad quienes le tenían acorralado eran su primera esposa y sus hijas, a las que había engañado por varios años, haciéndose pasar por muerto. Un día huyó de su casa y cambió su identidad para abandonarlas, se casó dos veces más sin divorciarse y, por último, negó a sus hijas cuando éstas lo reconocieron al reaparecer como personaje público.

Para los medios de comunicación, la denuncia que hizo la primera esposa de Castillo fue una noticia importante, no por que los periodistas quisieran invadir la vida privada del diputado, sino porque se trataba de un hecho que envolvía a un funcionario público elegido por la población.

Más interesante se tornó el caso cuando surgieron pruebas de que el diputado tenía identidad falsa, o sea que miles de habitantes del departamento de Río San Juan habían elegido a un impostor. Si eso afectaba a la sociedad en general, era necesario que los periodistas lo investigaran y, cuando menos, siguieran el asunto hasta su desenlace porque la población

tenía derecho a saber la verdad sobre sus representantes en las instituciones públicas, a los que pagaba buenos salarios con sus impuestos.

¿Cronistas de la realidad?

Un líder del Partido Liberal Constitucionalista (PLC) dijo después que los periodistas nicaragüenses estaban lejos de ser "cronistas de la realidad", porque se ocupaban mucho de los escándalos y menos de las declaraciones de los funcionarios y líderes políticos, casi siempre criticadas o puestas en duda. "Atienden más rumores que verdades", sentenció.

¿Qué es la realidad? Por lógica, algo más que una declaración o discurso. Empezaba la campaña electoral para elegir alcaldes y concejales, y los candidatos pretendían con sus ponencias vender una mejor imagen para obtener votos, tejiendo promesas con fragmentos de realidad, como suele suceder.

Para la población, un conjunto heterogéneo de electores en ese momento, la realidad casi siempre estaba ligada al bienestar, a problemas o a necesidades insatisfechas; a los sucesos buenos o malos de su entorno, por lo general derivados de la administración pública.

Una persona que carecía de energía eléctrica o pagaba mucho por ese servicio, podía asociar su realidad a la noticia de que un alto funcionario acababa de recibir millones de córdobas, injustificados, en compensación por "servirle al pueblo" en la institución que distribuía o producía la energía, tal como había ocurrido en Nicaragua en esa época. Si un ciudadano se preguntaba por qué, esperaba que al menos los periodistas le transmitieran una explicación, que le contaran la historia completa, incluyendo a los afectados entre los protagonistas.

De ninguna manera los periodistas transmitimos la realidad. Nuestro trabajo se limita a poner a nuestra audiencia en contacto con la realidad. Así que, entre más investigamos y tomamos en cuenta a la gente y sus problemas, más acercamos la realidad a nuestros lectores, oyentes o televidentes.

Además, para los medios de comunicación resulta inevitable reflejar las contradicciones en la sociedad, porque de esto también depende su credibilidad.

"Los lectores aprecian por sobre todo la veracidad en la información, la equidad en el tratamiento de las personas y de la información, y la responsabilidad e independencia de los medios", señala David Hume, director de Mediamericas, empresa radicada en Washington que asesora a periódicos latinoamericanos.

La función social de los medios de comunicación es "informar a la ciudadanía para que ésta pueda ejercer su derecho soberano de elegir a sus autoridades o reclamar de sus gobernantes el buen desempeño de la función pública", añade Hume.

Explica sí, que "sin una empresa comercial viable que sustente esa función social, los diarios se convierten en voceros de políticos o gobernantes, permitiendo que sus periodistas acepten dádivas y beneficios a cambio de tergiversar la información".

Si los medios de comunicación quieren cumplir su función social y preservar un auditorio, tienen que esforzarse por mostrar la realidad con amplitud, sin sesgos, para que los ciudadanos puedan ver más allá de los discursos electorales que, por lo general, tratan de ocultar hechos adversos.

Ser "cronista de la realidad" significaría, entonces, mostrar los hechos relevantes que más interesan o afectan a la población y que ésta no puede conocer por sí misma en toda su dimensión. Los medios apoyan a los ciudadanos acercándolos a esas realidades, que reúnen más elementos que cualquier declaración de funcionarios o líderes políticos.

Las reglas las imponen hoy las audiencias de los medios, mientras los políticos tienen que aprender a contestar preguntas de fondo en pocos minutos y para muchos reporteros a la vez, a riesgo de equivocarse o contradecirse; todo porque la población se ha vuelto más incrédula y los partidos menos creíbles. Entretanto, el trabajo de los periodistas sigue siendo

buscar hechos que ayuden a mostrar escenarios más amplios, que permitan a su auditorio acercarse más a la realidad.
Javier Darío Restrepo dice que "la dignidad humana requiere la libertad de pensamiento y expresión, pero esa expresión libre produce y fortalece a su vez la libertad. Un círculo virtuoso en que, mediante una causación mutua, la libre expresión del pensamiento eleva la calidad de la libertad".
En Nicaragua, los medios de comunicación lograron tres veces más credibilidad que el gobierno y fueron considerados seis veces más honestos que los políticos en el 2003. El estudio de opinión Periodismo, Democracia y Gobernabilidad, realizado a mediados de ese año por la Fundación Violeta Barrios de Chamorro, reveló que el 64.8 por ciento tenía más confianza en los medios de comunicación, mientras que sólo el 15.7 por ciento confiaba en el gobierno.
Esa encuesta también reflejó que el 61.1 por ciento de la población nicaragüense consideraba honestos a los periodistas y sólo el 8 por ciento creía que los políticos eran honestos.
"Si la fuerza de la población está en la palabra, la tarea de los medios es potenciar esa palabra", afirma Restrepo.

El riesgo cotidiano

Agentes de la Dirección de Investigaciones Criminales (DIC) de la Policía Nacional de Nicaragua, llegaron a la redacción del diario La Prensa la tarde del 18 de julio del 2002 para llevarse al periodista Luis Felipe Palacios, según ellos como testigo, para que declarara sobre una información publicada ese mismo día, en que mencionaba a un general del Ejército.
La Prensa había publicado la noticia, firmada por Palacios, de que la embajada de Estados Unidos pretendía condicionar la visa al General Roberto Calderón, pero en uno de los últimos párrafos el periodista hizo una insinuación sin pruebas: "Sin embargo, se conoció que debido a los continuos señalamientos hacia el General Calderón, de quien también se ha dicho que se ha visto involucrado en lavado de dinero y narcotráfico, se está considerando su salida de la institución castrense en septiembre".
Palacios había cometido un error ético, al atribuirle delitos al militar, sin citar ninguna fuente ni presentar ninguna prueba, pero la respuesta del General Calderón fue desproporcionada. Pidió a la Policía, según se supo después, que intimidaran al periodista llegándolo a sacar de su centro de trabajo y que lo interrogaran.
La falta del periodista, por injurias o calumnias, podía ser dirimida en los juzgados civiles, pero ninguna ley nicaragüense pena con cárcel esa infracción. Sin embargo, los militares y los policías, por la forma en que actuaban, estaban pasando por encima de la ley, porque trataban de imponer su autoridad a su antojo, irrespetando a las autoridades civiles. Era una demostración de fuerza, con una señal peligrosa: que la justicia y sus procedimientos importaban poco a los militares.
Si el organismo militar o uno de sus oficiales se sentía ofendido, tenía el derecho de pedir una aclaración o demandar al periodista ante los tribunales.

La Prensa publicó una aclaración un día después, indicando que "reconocemos y nos disculpamos por el error de haber incluido en la nota informativa un juicio de valor sobre situaciones que no nos es posible sustentar".

Semanas más tarde, tras una lluvia de críticas de diferentes sectores contra los militares y policías, el jefe de la Policía Nacional, Edwin Cordero, pidió disculpas a los periodistas en general por la forma en que procedieron contra Palacios, reconociendo que había sido una medida extralimitada y sin amparo legal.

Ceñirse al hecho

Cada día los periodistas nos enfrentamos a la posibilidad de ser demandados ante los tribunales si, por descuido o premeditación, le agregamos a la noticia juicios personales o de fuentes dudosas y anónimas, en vez de ceñirla a los hechos. Por esas ligerezas podemos cometer injuria o calumnia. La injuria es un invento o alusión para hacer daño, y al perjudicar el honor o la reputación se vuelve dolosa. También se puede entender como el menosprecio con palabras groseras. La calumnia es la información sobre hechos falsos, el chisme difamatorio o el señalamiento de un delito.

En España, donde existe el derecho a informar y el derecho a la intimidad, un hombre demandó al diario La Vanguardia porque le tomaron una foto en el balcón de su casa sin su autorización. El alegó que el balcón era parte de su área íntima.

Santiago Tarín, reportero del mismo periódico, también enfrentó un juicio largo por haber publicado una noticia suministrada por la oficina de relaciones públicas de la Policía, en la que mencionaban a tres hombres como presuntos autores de un robo con homicidio.

Uno de los detenidos, cuya foto apareció en el periódico, fue liberado y absuelto 15 días después y de inmediato demandó al periodista, reclamando "protección al honor y a la propia imagen".

La fuente "fiable"

El reportero alegó que en la nota se hablaba de presunción, pero el afectado dijo que de nada servía que en la letra pequeña se aludiese a presunciones, cuando lo que llegaba a todo el mundo era la letra grande y destacada de los titulares, que "daban los hechos como ciertos e indudables".

Los titulares decían: "Aclarados dos homicidios, la policía resuelve el crimen de un hombre...."

Otra defensa del periodista era que los datos de la noticia los había tomado de una nota de prensa emitida por la Guardia Civil. Tarín sostuvo que el periodista no tiene la obligación de confirmar datos suministrados por fuentes consideradas fiables, en este caso el organismo policial.

El juicio, que comenzó en el año 1986, concluyó en 1998 con una sentencia a favor de Tarín en que el tribunal supremo fundamentó que "la seriedad de lo informado nace de su procedencia de la propia Policía, sin que se haya desmesurado el tratamiento de sus declaraciones, ni la difusión de la noticia quebrante la neutralidad exigible al periodista que, en esencia, se ajusta en su reportaje al contenido de la noticia recibida, sin que pueda exigírsele el control del fundamento de la información que le fue proporcionada, dado el organismo del que procede..."

Ahora Tarín suele comentar que se salvó en este caso porque su nota no tenía ni un adjetivo de más, ni opinión, sólo noticia pura y dura.

Antes de la sentencia definitiva, la Sala Segunda de lo Civil de la ciudad de Barcelona había planteado entre los fundamentos de derecho que "el periodista no está obligado a ser absolutamente exacto porque la verdad pura es difícil, cognoscible y mayormente cuando su actuación está muy condicionada por la rapidez propia de su trabajo, hasta el punto que podría serle de aplicación el principio de que nadie está obligado a lo imposible... Sólo se le puede exigir una aproximación razonable

a la verdad de los hechos o sea una verdad sustancial, que le exculpa de errores parciales inintencionados. O sea que la noticia no ha de ser un invento en lo esencial ni una mentira intencional en los detalles".

La confiabilidad

Un periodista estadounidense convenció a una corte de apelaciones, en diciembre del 2002, de que testificar en el tribunal de crímenes de guerra de La Haya, pondría en peligro la seguridad e independencia de los periodistas.

Un juez pretendía obligar al ex reportero de The Washington Post, Jonathan Randal, a testificar en el juicio contra el ex vice primer ministro serbio-bosnio Radoslav Brdjanin.

Randal se negó a comparecer como testigo y sus abogados alegaron que hacerlo pondría en peligro las actividades de los corresponsales de guerra.

Brdjanin, acusado de planear torturas, asesinatos y deportación de croatas y musulmanes durante la guerra de Bosnia entre 1992 y 1995, fue entrevistado por Randal durante el conflicto y lo citó diciendo que él quería librarse de toda la población de Banja Luka que no fuera serbia. La entrevista fue publicada por The Washington Post en febrero de 1993.

La Corte de Apelaciones llegó a la siguiente conclusión: "Si los corresponsales de guerra fueran vistos como posibles testigos por la fiscalía, dos consecuencias se desprenderían de eso: En primer lugar, podrían tener dificultades para obtener información importante y significativa, porque los entrevistados se sentirían con menos libertad; y en segundo, los corresponsales de guerra pueden pasar de ser observadores de esas violaciones a los derechos humanos, a ser víctimas, lo que pondría en peligro sus vidas".

La ética tras la palabra

Un lector nos llamó enojado un sábado por la mañana porque consideraba una grosería la foto que publicábamos ese día en la portada de La Prensa. Mostraba a una mujer y una niña muertas en un accidente de tránsito y, en realidad, era una gráfica fuerte que a cualquiera estremecía y hasta provocaba repulsión. "No es grato ver eso tan temprano y me preocupa que mis hijos lo vayan a ver", dijo el hombre. ¿Tenía razón?

Con frecuencia los periodistas caemos en dilemas éticos por el afán de mostrar la noticia a través de la crudeza de sus hechos y, cuando decidimos hacer eso, tendemos a descuidar la sensibilidad. Eso nos indica que la ética es mucho más que un manual y la vamos asimilando a través de la reflexión sobre las experiencias del trabajo y de nuestras vidas.

Un periodista recibe una llamada a las cinco de la tarde de un viernes, avisándole que hay un accidente mortal en la carretera. El, sin perder tiempo ni reflexionar, sale a ver el hecho y encuentra escenas espeluznantes que son captadas sin discriminación por su fotógrafo, porque ese es su trabajo. Al regresar a la redacción, ambos ofrecen la noticia al editor de cierre y comienzan las contradicciones, para decidir a dónde ubicar la información y cómo ilustrarla.

Editores, fotógrafos, periodistas y diseñadores hacen rueda frente a las fotos más patéticas y entre gestos y exclamaciones de asombro vierten opiniones a favor y en contra de su publicación. Unos pueden alegar que allí está la realidad y es aleccionadora, otros advertir que una imagen con esa dureza puede ser traumática y algunos considerar que "eso le gusta ver a la gente".

Al final, los lectores juzgarán lo que ha sido publicado y son ellos los que dicen si lo hicimos bien, mal o regular. Habrá quienes piensen que contribuimos al escarmiento y otros que causamos daño, dependiendo de las circunstancias y

experiencias de cada quien. Nos percatamos entonces que el periodismo es en esencia una labor de servicio a la sociedad y que el trabajo técnico y los principios éticos están vinculados, pero sólo tomamos conciencia de esta relación a medida que afrontamos las críticas del público y tomamos en cuenta sus razones.

Le atribuyen a Aristóteles el precepto de que la ética es la obediencia a la propia naturaleza, y a partir de ese criterio se ha concebido que algo anti ético es ignorar, manipular e irrespetar a otro ser humano.

En el diario La Prensa ya teníamos escrito el principio de que toda información había que someterla a comprobación y, con la intención de ser equilibrados, tratábamos de ser fieles a los hechos. El problema es que frente a las tragedias ese interés por mostrar los hechos en gráficas, tal y como son, puede conducirnos a cometer errores éticos y causar daño a sectores de la sociedad, como señaló el lector que nos llamó aquel sábado.

Por eso, cuando una fotografía o una historia se nos convierten en un dilema ético, los periodistas deberíamos plantearnos algunas preguntas de rigor: ¿Qué daño podemos causar? ¿A cuánta gente afectaremos? ¿Qué pensaría yo si es mi familia la afectada? ¿Es mi decisión compatible con mis valores personales? Esta sería una buena actitud profesional, pero en la prisa por informar a tiempo solemos descuidarla. Partamos de que las noticias comprobadas tienen que ser publicadas si son de interés para la sociedad y, por eso, antes hemos de someterlas al filtro de la responsabilidad, de acuerdo a principios éticos, sin olvidar que toda información tiene consecuencias.

Libertad con sensatez

En ocasiones, algunos lectores escriben a los periódicos y antes de exponer sus opiniones, advierten: "Si en realidad ustedes respetan la libertad de expresión, tienen que publicar esta carta". Es comprensible que los ciudadanos teman ser censurados, si viven en un país como Nicaragua donde ha sido costumbre

tratar de acallar las opiniones adversas y durante décadas los medios de comunicación estuvieron controlados por partidos o grupos políticos, de formas abiertas o sutiles.

Sin embargo, he observado que algunas personas que insisten en su derecho a expresar y difundir su opinión, en sus cartas suelen proferir ofensas o acusar con ligereza a otros ciudadanos y engarzarles calificativos que pueden destruir el prestigio de cualquiera, si lo que dicen es falso. Es una falta que hasta los periodistas hemos venido cargando de un pasado en que la ofensa o la mentira estaban por encima del argumento o los hechos, en el debate público, porque se trataba de imponer "verdades" ideológicas o de partidos.

Por eso, cuando en un periódico que trata de ser profesional y promover el respeto para todos, se le pone freno a los escritos ofensivos y con acusaciones ligeras, más de algún lector puede pensar que se trata de una violación a la libertad de expresión. Pero se equivocan, porque libertad de expresión nunca ha significado decir todo lo que a uno se le antoje, tan sólo por aquel viejo principio de que mis derechos terminan donde comienzan los del otro.

Tampoco es que haya temas inabordables. No hay o no deberían existir. El asunto está en la responsabilidad y la forma con que uno trate los asuntos públicos o rebata las ideas de otro, porque además la libertad de expresión debe tener un fin supremo para la sociedad que es permitir todas las voces, con o sin poder, y hacer sobresalir la "verdad", o los hechos e interpretaciones que nos acercan a ella, además de cimentar ideas para la superación de la nación.

Ryszard Kapuscinski cree que en Latinoamérica hay periódicos con calidad y seriedad, pero ha dudado de la influencia que puedan tener esos medios profesionales en la situación política de sus países, porque eso depende "de la cultura de la sociedad".

La sociedad nicaragüenses, por ejemplo, ha pasado etapas

largas con limitaciones en la educación, en que han prevalecido la confrontación política y la exaltación de arengas y consignas partidarias, la intolerancia y la poca educación en el debate público, de las que han hecho gala hasta presidentes de la República.

A la vez, desde el año 1990 en Nicaragua y el resto de países de Centroamérica se discute más sobre cómo mejorar la democracia, alcanzando poco a poco reformas importantes en la legislación a favor de las libertades públicas; pero en general la sociedad necesita un crecimiento cultural para convertir la discusión política en un ejercicio de aprendizaje y cambio.

Para el periodismo esa es también una luz de alerta, sobre todo porque, como dice Kapuscinski, "el peligro de esta profesión es la rutina y creer que cuando se aprende algo ya lo sabemos todo".

El poder y la palabra

Ocurren abusos frecuentes con la palabra, que suele ser un arma en la disputa por el poder político; y esos atropellos tienen consecuencias negativas para el trabajo de los periodistas y el derecho de la población a ser informada con respeto y veracidad.

El escritor brasileño Paulo Coelho afirma que entre todas las armas poderosas de destrucción, que la humanidad ha sido capaz de inventar, "la más terrible – y la más cobarde – es la palabra". Con frecuencia los estrategas de los partidos políticos en campaña electoral, usan la palabra para denigrar a sus contrincantes y manipular a los electores, pero la práctica de esos abusos también trasciende al gobierno elegido.

El ex presidente nicaragüense Arnoldo Alemán, que fue mandado a prisión el 22 de diciembre del 2002 acusado de cometer fraudes contra el Estado y lavado de dinero, se caracterizó por las palabras desatinadas con que agredía a uno u otro adversario.

En una ocasión una periodista preguntó a Alemán si tenía

previsto renunciar a la Presidencia antes de las elecciones del año 2001 y él respondió: "Eso es onanismo (masturbación) de los medios de comunicación". Casi siempre Alemán afrontó a los periodistas con agresividad.

Coelho advierte que "la palabra destructora consigue despertar el Mal sin huellas" y en Nicaragua éste podría ser consecuencia directa del mal ejemplo de algunos políticos y gobernantes, que han usado la palabra para atropellar en vez de ayudar, más interesados en imponerse que en dialogar y convencer, sin percatarse que luego ellos mismos también serían víctimas de su arma verbal.

Para los ciudadanos, el derecho a ser informados con veracidad y equilibrio, es una facultad natural y quizás la principal, porque quien no sabe nada, pierde derecho a todo. Entonces, cuando los gobernantes mienten o tratan de acallar las palabras independientes, de hecho entorpecen la libre expresión y niegan una prerrogativa básica a la población.

En Nicaragua existe libertad de prensa desde 1990, pero el gobierno de Alemán (1997-2002) intentó coartarla con leyes, presiones económicas a medios de comunicación y con ofensas y hasta golpes físicos contra periodistas.

Un nuevo Código Penal, aprobado por el Poder Legislativo en lo general en mayo del año 2000, intentaba impedir las denuncias contra funcionarios públicos, por corrupción y otras anomalías, al querer penar con cárcel a quien divulgara secretos, documentos o grabaciones sin causa justificada.

Sin embargo, el presidente Alemán había dicho en su informe ante la Asamblea Nacional, al comenzar ese año, que en su administración jamás se irrespetaría ni limitaría "un sólo ápice la más absoluta e irrestricta libertad de prensa". También aseguraba que su gobierno había creado 375 mil nuevos empleos productivos y que el desempleo se había reducido a 8.5 por ciento el año anterior. Es probable que la mayoría de nicaragüenses hayan exclamado en aquel momento: "¡No

sabíamos que estábamos tan bien!" Luego tal vez reflexionaron: ¿Y por qué tantos compatriotas emigran hacia Costa Rica en busca de trabajo? ¿También mentía el presidente?

Paranoia frente a la noticia

Un alto oficial del Ejército Sandinista, Róger Miranda Bengoechea, que a finales de los años 80 desertó y entregó información a la CIA (Central de Inteligencia Americana), hizo revelaciones trascendentes al diario La Prensa en el año 2000, en una entrevista publicada en varias entregas. De inmediato, el ex jefe de la Seguridad del Estado, Lenín Cerna, acusó al periódico nicaragüense de estar ejecutando "un plan político bien orquestado" por intereses extranjeros. Luego, el ex presidente sandinista Daniel Ortega (1979-1990) atribuyó la publicación a una estratagema de la CIA con fines electorales.

Para quienes conocíamos bien lo que había costado conseguir la entrevista, sonaba ridículo el razonamiento de los personajes sandinistas frente a una gran noticia que ningún periodista, que se precie de bueno, dejaría escapar, si tiene la oportunidad de hacerla. Era la primera vez que Miranda se confesaba con un medio de comunicación nicaragüense.

Los políticos tienden a ver conspiraciones detrás de cada publicación que contradice sus declaraciones públicas o pone en duda sus acciones; y según parece les cuesta comprender que la mayoría de los periodistas piensen primero en la noticia e intenten asimilar lo que a la gente le gustaría saber o conocer.

En cambio, el periodismo que se apega a los intereses de líderes políticos o partidos, puede ir al fracaso en poco tiempo en una época en que la población cree menos en ideologías y promesas gubernamentales. Eso estaba comprobado en Nicaragua y los dirigentes sandinistas lo sabían, porque habían visto morir su periódico, Barricada (1979-1997), a los pocos años de dejarlo competir en el mercado para que, además de ganar lectores, se autofinanciara. El Frente Sandinista, fuera del gobierno, había sido incapaz de sostenerlo en lo económico, pero tampoco quiso

permitir que se transformara en una publicación profesional, el paso necesario para entrar en competencia.

El afán por conseguir audiencia ha sido uno de los estimulantes para que los periodistas traten de escribir mejor la noticia y se interesen más en los gustos e intereses de los lectores, los que al final determinan, con su compra o su sintonía, el crecimiento y persistencia de un medio de comunicación.

Algo curioso fue que en los lugares donde predominaban los lectores simpatizantes del Frente Sandinista, las ventas de La Prensa subieron mientras aparecieron las declaraciones del ex mayor Róger Miranda, a quien sus ex compañeros llamaban "traidor" porque había entregado secretos a la CIA.

Entre lo que Miranda dijo al periódico había evidencias de corrupción en el Frente Sandinista (FSLN) y quienes aún militaban o simpatizaban con ese partido, también se habían interesado en leerlo. ¿Por qué? ¿Para enterarse de lo que nunca supieron cuando creían de forma ciega en sus líderes, o para confirmar lo que ya sabían o suponían? Por lo que haya sido, era evidente que las noticias les interesaban y mucho. Las publicaciones de La Prensa eran importantes para ellos, estuvieran o no de acuerdo con el entrevistado.

Pero tanto Cerna como Ortega estaban atrapados por su paranoia y sin razonar emplearon el argumento cliché de que era un plan, una conspiración. Miranda aceptó conceder la entrevista en Estados Unidos, en diciembre de 1999, después de varios meses de gestiones y sólo dentro de la redacción del periódico se podía entender cómo valora un reportero esa relación con la noticia, la entrevista o el reportaje que le reta como buen profesional, que le obliga a investigar y conseguir lo que su competencia no ha podido.

Los que confunden

Así como hay fuentes o personajes agresivos, existen los cuidadosos o diplomáticos. Pero algunos se empeñan tanto en usar un lenguaje "políticamente correcto", como les indican sus

asesores, que enredan a la población con sus declaraciones y le abren la puerta a diversas conjeturas. Si los periodistas fuéramos simples repetidores de sus exposiciones, sólo conseguiríamos confundir más a la ciudadanía.

Manuel Fraga (1922), político español que fue funcionario del régimen de Francisco Franco (1936-1975) y continuó en las esferas de poder tras instaurarse la democracia, fue cortante con un periodista tras concluir un discurso. El reportero, algo confundido, se le acercó para preguntarle: ¿Podría resumirme su conferencia en palabras más accesibles para mi público? "Para eso le pagan a usted", le respondió.

Podemos entender esa actitud como un desaire o como una lección, porque cuanto más claro escribe el periodista, más claro llega al lector. El primer responsable de presentar la noticia con claridad es el periodista y comienzan los problemas cuando éste se pierde o tiene dificultades para entender lo que oye. En conclusión, la información que nos suministra una fuente llega al público en la medida que el periodista la comprende, porque éste la intermedia o la traduce a un lenguaje más comprensible para un auditorio heterogéneo.

También se ha vuelto común que los entrevistados o conferencistas digan frases hechas o simplezas con las que sólo pretenden mantener esa imagen "políticamente correcta". Cuando en Nicaragua fueron destituidos un jefe de la policía y una alta funcionaria del Estado, en marzo del año 2002, el presidente de la República, Enrique Bolaños se limitó a decir que habían sido despedidos "por falta de química" entre ellos y sus jefes inmediatos, dejando volar muchas interpretaciones y especulaciones.

Los expertos en marketing sugieren ese tipo de respuestas a sus clientes, las figuras públicas, para que su lenguaje sea "políticamente correcto" y mantengan una imagen "limpia", evitándoles caer en conflictos o polémicas en que pueden salir perdiendo, más si dejan ver contradicciones entre lo que dicen

y lo que hacen.

Un lenguaje tan light también es peligroso cuando se trata de asuntos de Estado, de los que la población necesita información concreta y clara para entender los hechos y sus consecuencias, porque de alguna manera le afectan.

Felipe Botaya, especialista español en marketing, dice que el interés de emplear un lenguaje políticamente correcto ha llevado a los políticos a usar un discurso "hueco y anodino", porque inventan o recurren a palabras complicadas para explicar cosas corrientes.

En España, por ejemplo, los políticos dejaron de llamarle moros a un sector de los inmigrantes, para referirse a ellos como magrebíes. Otros ya no son negros, como los tildaban antes, sino subsaharianos. "En el lenguaje de los políticos ya no hay guerras con muertos, sino conflictos con efectos colaterales; ya no hay sexo, sino género; ya no hay fanáticos, sino integristas", explica Botaya.

Pero a los gobernantes y líderes políticos tampoco les conviene usar términos complicados o duales, porque si los ciudadanos tienen dificultad para interpretar un discurso, lo pueden considerar hipócrita y hasta insultante, con peores consecuencias para el prestigio del expositor.

En algunos casos los funcionarios caen en el extremo de la superficialidad y en otros recurren a palabras muy técnicas o poco conocidas por la gente, que igual tienden una nube sobre los hechos. Los periodistas, además de traducir, necesitamos descubrir qué esconde esa terminología "políticamente correcta", si queremos darle información real y comprensible a los lectores.

¿Qué tiene que ver todo esto con la ética? "No puede haber democracia sin ciudadanos bien informados", afirma el periodista colombiano Javier Darío Restrepo. Para construir una buena información, el periodista tiene que buscar los elementos en fuentes puras, contaminadas y envenenadas.

Si el periodista quiere actuar de la forma más correcta, tiene que ser lo menos subjetivo y guiarse por principios éticos y de responsabilidad, explica Restrepo, porque los seres humanos somos una combinación de verdades y errores y, por eso, nadie posee toda la verdad ni todo el error. Es indispensable, entonces, que toda información sea sometida a comprobación.

Del hecho a la opinión

En una época, cuando los medios de comunicación optaban por tener militancia partidaria, algunos periodistas afirmaban que las opiniones eran libres y los hechos sagrados. Al comenzar el siglo XXI nos percatamos que es al revés: las opiniones son sagradas y los hechos libres. Emitir una opinión hoy implica una gran responsabilidad para el periodista. Igual, es grave discrepar de los hechos, tratando de mostrar realidades distintas o falseando los acontecimientos, porque el acabose del periodismo es manipular los hechos.

La opinión de los periodistas, para que sea útil y asimilada por el lector necesita una base de hechos corroborados, porque ya no cabe decir todo lo que a uno se le antoja. Por eso, acabar con las ligerezas y los veredictos irreflexivos es uno de los propósitos de la profesionalización del periodismo, sobre todo en países como Nicaragua, El Salvador o Guatemala que a principios de los años 90 salieron de conflictos militares que durante décadas comprometieron a los medios de prensa, con uno u otro bando.

Así como los periodistas exigimos a un científico que nos explique en qué teoría o investigación basa sus reflexiones, igual los lectores u oyentes se preguntan con qué hechos sustenta el periodista sus opiniones. De los hechos referidos depende, entonces, el valor de cada opinión.

Las páginas de opinión de los periódicos eran, hasta comienzos de los años 90, un territorio dominado por analistas con especialidades distintas al periodismo que, además, estaban al margen de la elaboración de la noticia cotidiana que transcurre por las salas de redacción. Pero la ola de profesionalización del periodismo en América Latina, que en parte ha consistido en separar la noticia de la opinión, posibilitó el aumento de las columnas de periodistas, dándole más vida a este género que pretende contribuir al conocimiento y la reflexión entre un

público amplio.
Al concluir el siglo XX quedaba bastante claro que el periodismo de "orientación" había dejado de ser rentable en lo ideológico, en lo político y en lo económico. Orientar, que en este caso equivale a emitir juicios personales o políticos en la información cuando la enfocamos y seleccionamos a como creemos que debe ser y no a como en realidad es, implica también destinar nuestras publicaciones hacia un público específico y dejar de lado a quienes piensan diferente. Los medios que se precian de "orientadores" tienen la tendencia a publicar sólo lo que conviene a sus propósitos políticos y en esa medida su auditorio tiende a reducirse.
Entonces, para una empresa periodística una información orientada puede ser una forma de perder audiencia, porque sólo la leerán o escucharán quienes compartan esa opinión. Eso es mal negocio, desde el punto de vista económico. Desde la perspectiva política o económica el efecto de esos medios es limitado a un público ya convencido de esas ideas, que se regocija leyendo o escuchando lo que concibe como única verdad; y es difícil para un medio ampliar ese grupo, si su información es parcial. Lo mejor, entonces, es separar la información de la opinión y que cada lector u oyente analice los hechos y extraiga sus propias conjeturas. Aparte, en el editorial y las columnas, también podría conocer la opinión de los editores, reporteros y articulistas especializados.
Pero el columnista tiene el deber de corroborar los hechos, si hay alguna duda de que ocurrieron en la forma en que han sido divulgados por su medio o por otros.
"Un error del columnista es creer que sólo debe dar su opinión sobre hechos que a él le parecen ciertos, pero así no ayuda a nadie- me dijo Ruth Merino, editora del diario El Nuevo Día de Puerto Rico-. Son juicios de valor, pero tienen que estar sobre hechos corroborados".
La irrupción de más periodistas en las secciones de opinión,

también ha hecho proliferar lo que llaman "fast thinkers" o pensadores rápidos, que le han quitado espacio a los pensadores críticos, debido a que estos no pueden emitir una sentencia en cinco minutos, como lo hace un periodista que busca crear impacto en la audiencia.

Cívico y crítico

El periodista que ejerce la crítica, requiere más comprobación de hechos y más análisis documentado para recomponer "el espejo roto de la realidad". Entre una serie de hechos, la realidad aparece rota en varias piezas, como un espejo que ha caído de la pared. El periodista tendría que recoger, con creatividad, la mayoría de piezas para reconstruirlo y entre más reúna más plural será su información.
"Ningún periodista es neutral, pero tiene que ser cívico, criticar lo que vaya en contra del civismo- dice Rafael Jorba, subdirector del diario La Vanguardia de España-. Hay exceso de información y esto impide al lector acercarse a la realidad, por lo que se hace más necesario un periodismo cívico que corrija esa tendencia, que seamos capaces de seleccionar las noticias y jerarquizarlas según el interés de los ciudadanos".
A veces el periodista está preocupado sólo de sus propias opiniones y cuando otras personas le transmiten opiniones tiende a considerarlas como hechos, convirtiéndose en un agente de la opinión de otros, incluso de gente sin la calificación suficiente para tratar un tema.
Ruth Merino me relató el caso de un legislador puertorriqueño que informó a un periodista de El Nuevo Día que propondría una ley, para dar preferencia a los niños en las salas de emergencia de los hospitales y que siempre fueran atendidos antes que los pacientes adultos.
El periodista en ningún momento se preguntó si esa propuesta interferiría en el proceso de evaluación clínica de los pacientes y publicó la noticia. Tal como apareció, la nueva ley obligaría a los médicos a darle atención preferencial a un niño con un dedo

fracturado antes que a un adulto que llegara con un ataque al corazón, según los razonamientos del legislador.
Una vez publicada la información, los editores se percataron que el legislador había emitido una opinión loca, queriendo decidir cómo deben hacerse las cosas en medicina, sin ser especialista en la materia. De hecho estaba interfiriendo en los principios de una profesión que él desconocía. En la información faltó la versión de un médico o de una autoridad en salud.
Lo ideal es que los periodistas, tanto al escribir noticias como al opinar en las columnas, pasemos por un tamiz el agua de las fuentes (de información) porque pueden venir "contaminadas"; y cuando nos equivocamos tenemos que aceptar la rectificación, tomando en cuenta que primero es la justicia. Los desmentidos y el ridículo en que nos dejan las imprecisiones, nos enseñan que hay fuentes más sustentadas y calificadas que otras.

El homo videns

La tecnología informática ha vuelto más cómodo el trabajo informativo, pero también ha provocado que los periodistas perdamos la curiosidad por conocer el por qué de una buena cantidad de hechos que parecen cotidianos. Una razón, que pesa en los medios, podría ser que los humanos hemos ido pasado de "homo sapiens" a "homo videns" y dedicamos menos tiempo a la profundización del conocimiento y más a la observación de imágenes, sobre todo por la televisión.
En Nicaragua, de la población que accede a los medios de comunicación, el 90 por ciento ve televisión y el 30 por ciento lee periódicos, indica el Estudio de Consumo de Medios elaborado en la ciudad de Managua en noviembre del 2002 por la empresa M&R Consultores.
Cada persona ve en promedio más de dos horas diarias de televisión durante los días laborables, y el 28 por ciento de ese público puede pasar hasta ocho horas frente al televisor los fines de semana. En cambio, de la población que gusta de periódicos, el 80 por ciento dedica entre 15 y 60 minutos por

día para leerlos.
Algo significativo es que entre los televidentes el 73 por ciento prefiere ver películas, según la investigación realizada en una ciudad donde la población mayor de ocho años es de un millón de habitantes.
Homo videns en latín significa literalmente "el hombre que ve" y ha sido propuesta la figura del homo videns en contraposición a la del homo sapiens (hombre inteligente), indica la Real Academia de la Lengua Española.
Según Giovanni Sartori, en la obra La Sociedad Teledirigida (1997), "nos encontramos en plena revolución multimedia" y "esta revolución está transformando al homo sapiens, producto de la cultura escrita, en un homo videns para el cual la palabra ha sido destronada por la imagen".
En ese proceso, la televisión cumple una función determinante porque "la primacía de la imagen, es decir de lo visible, sobre lo inteligible, lleva a un ver sin entender que ha acabado con el pensamiento abstracto, con las ideas claras y distintas", señala Sartori.
Lorenzo Díaz, en su Informe sobre la Televisión en España (1999), afirma que el medio televisivo "sustituye la comprensión de la realidad mediante la palabra por otra de pura visión".
"Al proporcionarnos una imagen que se agota en sí misma no enriquece a quien la recibe, ni añade valor a la representación", por lo que "del homo sapiens estamos pasando al homo videns, una especie de adulto-niño incapaz de discriminar, elaborar e intervenir racionalmente en la realidad".
En otro orden, el periodista español Ramón Besa señala el problema de los reporteros que, por comodidad, se han vuelto dependientes de la información que distribuyen las oficinas de relaciones públicas, del uso de Internet como sustituto de fuentes humanas y de las noticias rápidas que ofrecen otros medios electrónicos, la radio y la televisión.
Las notas de relaciones públicas suele tener propósitos

publicitarios con envoltura de noticia, la información de Internet a veces es mal procesada o proviene de fuentes inseguras, y las noticias de última hora de la radio o la televisión podrían ser equivocadas, por la prisa con que han sido recabadas y divulgadas.

En consecuencia, el producto periodístico puede tener cada vez menos verdad y Besa cree que hay una perversión en eso. "Antes se daba por seguro que lo que decía un medio era verdad... Ahora los periodistas no pueden dejarse llevar por lo que dicen otros medios, sino que debemos confirmarlo", opina este miembro del equipo de cronistas deportivos del diario El País.

Golpe al prestigio

En junio del 2003, por las mentiras de un reportero tuvieron que renunciar el director ejecutivo y el jefe de redacción del diario The New York Times, Howell Raines y Gerald Boyd.

El periodista Jayson Blair, de 27 años, inventó y plagió noticias, y escribió notas fechadas en lugares en los que nunca estuvo, según admitió The New York Times en su edición del 11 de mayo del 2003.

Para un periódico con 152 años de historia, fue un golpe duro que uno de sus reporteros cometiera fraudes periodísticos. Blair había inventado y alterado informaciones, utilizando material de otros periódicos y agencias de noticias, como si fueran propios. Además, tomó detalles de fotografías para darle más veracidad a las descripciones en sus escritos.

El diario anunció que investigaría sus políticas informativas, incluidas las prácticas de contratación, el uso de fuentes no identificadas, el uso de empleados sin contrato y prácticas de colocación de firma y procedencia.

The New York Times descubrió falsedades e imprecisiones en 36 de los 73 artículos que Blair escribió entre octubre del 2002 y el primero de mayo del 2003, cuando fue obligado a renunciar al periódico.

Escribió sus mentiras "sobre momentos emocionalmente fuertes, como los ataques de los francotiradores en los suburbios de Washington o el sufrimiento de las familias de los soldados muertos en Irak", explicó la dirección del periódico a sus lectores.

En consecuencia, un mes después tuvieron que renunciar el director ejecutivo y el jefe de redacción, porque la credibilidad del periódico había quedado en entredicho.

Algo parecido había ocurrido en septiembre del año 2002, cuando la agencia de noticias Associated Press (AP) despidió al reportero Christopher Newton, de Washington, por citar en sus escritos a personas inexistentes como fuentes de información.

Newton "sostiene que estos expertos son reales y que han sido citados en forma fidedigna, pero nuestros editores no han podido verificar siquiera su existencia", dijo la vocera de AP Kelly Smith Tunney.

Los editores de AP encontraron 15 citas dudosas entre los artículos del reportero, quien no pudo probar que alguna de sus dos últimas fuentes hubiera sido entrevistada.

Los investigadores de la AP no pudieron verificar la existencia de unos 15 individuos citados por Newton en sus escritos, a quienes trataron de localizar por teléfono, Internet y mediante sus supuestos empleadores. "La credibilidad es el recurso más valioso de la AP y nos contraría haber descubierto que algunos de los artículos de Christ Newton contuvieran material no verificado", dijo Tunney.

"Si un periodista escribe- para un diario, revista o Internet, o informa para la radio y la televisión- y nadie le cree, de nada sirve su trabajo", sostiene Jorge Ramos, reportero de Univisión y columnista de diferentes diarios hispanoamericanos.

Al margen de que hoy los hechos sean libres y las opiniones sagradas, persiste el viejo precepto de que el mayor elogio para un periodista es el que lo califica de "cuidadoso". Si de un reportero se dice que "es cuidadoso" es porque trata de hacer

bien su trabajo, ya que el periodista, además de ver y confirmar, tiene que entender lo que presenció o le narraron testigos.
Frente a la imagen televisiva, la rapidez de la radio y el alcance del Internet, a los medios escritos les queda la ventaja de ofrecer el trasfondo de la noticia, el análisis y el contexto de las historias que cuenta. Mientras lo hagan van a ser necesarios.

La palabra precisa

La prudencia del periodista tiene que reflejarse también en la expresión de los escritos, porque una información bien dotada de hechos y documentación se perdería si es incomprensible para el auditorio, ya sea por sobrecarga de palabras raras o porque los párrafos tienen más de una idea en oraciones forzadas.
Cada persona entenderá lo que puede, lo que su capacidad de recepción le permita entender. Al final esto es lo que queda de lo informado: la versión del oyente o lector. Por eso es preferible el lenguaje más preciso posible, llano, sencillo, directo.
Los periodistas centroamericanos solemos escribir la palabra "seriamente" para decir que algo es grave, sin que signifique eso según su sentido original. "La caída de las reservas afectará seriamente la economía", hemos redactado. Si nos apegamos al significado inicial de la palabra "seriamente", ésta equivale a formalidad, prudencia, juicioso; pero el mal uso que le damos la impone como sinónimo de grave o peligroso.
Lo más probable es que a "seriamente" le hayamos dado ese nuevo sentido por influencia de la palabra "serious", del inglés, que sí significa grave o peligroso, pero de ninguna manera formal o juicioso.
La tecnología y sus términos originados en el idioma inglés, han penetrado con fuerza en el español y complican la comunicación en esta lengua, sobre todo si los periodistas nos dejamos contaminar.
Se ha vuelto común que los banqueros o sus empleados digan "aperturar", al referirse al inicio de una cuenta bancaria, en

vez de ABRIR que es lo correcto, pero lo preocupante es que algunos periodistas utilicemos ese mismo término y aparezca en los periódicos, la televisión o la radio. Al repetirlo, en vez de contribuir al buen uso del idioma, empujamos hacia la deformación cultural.
"A partir de hoy estamos recepcionando sus cartas", decía un locutor de radio una mañana. Debió decir RECIBIENDO, pero el "recepcionar" se ha colado en el vocabulario de los profesionales y algunos hasta lo usan con énfasis creyendo que hacen gala de una buena modernidad.
Más allá de ese palabrerío que llegó a Latinoamérica con las computadoras y el retorno de emigrantes que han vivido en Estados Unidos, algunas palabras del inglés han influido y variado el significado de términos del español que usamos con frecuencia y ahora aceptamos de hecho en su nueva acepción.
Siempre los idiomas han estado expuestos a las influencias de otras lenguas, pero con los cambios tecnológicos acelerados el inglés ya tiene arrinconado al español, como en una pelea de boxeo donde aquel mete más los puños. Por eso vemos con tranquilidad cómo los estudiantes o los periodistas dicen "chatear" en vez de conversar.
Alex Grijelmo (Burgos, 1956), en su libro Defensa Apasionada del Español, advierte que si el castellano no actualiza a tiempo el idioma técnico, el inglés se infiltrará en forma de neologismos distintos en las diferentes áreas de la lengua española, con el consiguiente peligro de crear una nueva Babel.
Puede ocurrir que llegue el momento en que los libros técnicos en castellano utilicen tal número de palabras distintas para designar una misma realidad, que terminen por ser incomprensibles para otros hispanohablantes, dice Grijelmo.
Los periodistas tenemos que estar atentos a identificar esas deformaciones del idioma español y corregirlas en nuestros escritos, para que el público nos entienda mejor y evitar la propagación de equívocos. Sería lamentable que se nos vuelva

común decir "chainéeme" los zapatos en vez de lústremelos, como hemos oído en Miami cuando los hispanos se apoyan en la palabra anglosajona "shine".

"Si como periodista acepto indiscriminadamente todas las palabras que me llegan del inglés, estoy atentando contra el idioma, porque existen reglas para aceptar palabras- afirma Ruth Merino-. El spanglish (mezcla de español e inglés) tiene que ser utilizado cuando sea relevante a la información o a la historia que estoy contando y, si no, dejarlo de lado".

Sin embargo, el futuro del español en los medios de prensa parece garantizado, según el periodista y escritor Carlos Verdecia, porque la población de habla hispana está creciendo en todo el mundo.

En Estados Unidos, indica Jorge Ramos, "el poder político y económico de los latinos aumenta con cada nuevo nacimiento, con cada cruce fronterizo" y "el español se ha consolidado y los medios de comunicación que transmiten y publican en castellano, lejos de desaparecer, le ganan terreno a las televisoras, radiodifusoras y periódicos en inglés".

El periódico como referencia

En España, donde cada día crece el número de inmigrantes latinoamericanos, la Real Academia Española de la lengua (RAE) se ha interesado en nutrir el castellano con términos o modismos de los países de América Latina.

El diccionario de la RAE publicado a finales del año 2001 se caracterizaba por haber botado miles de palabras en desuso y reconocido más de 28 mil americanismos, entre éstos términos muy comunes para los hispanoamericanos como "autoestima", que no habían sido aceptados por los académicos españoles.

El director de la RAE, Víctor García de la Concha explicaba que la academia quiere reflejar cada vez más el español que se habla en los diferentes países hispanos y no sólo el de España.

Miles de ecuatorianos, peruanos y de otras naciones latinoamericanas han emigrado a España, buscando el trabajo

que no hallan en sus países y su relación social en la nación europea tarde o temprano tiene que influenciar variaciones en el castellano clásico.

Pero con el lenguaje de los hispanoamericanos también llegan los anglicismos que se han popularizado por las migraciones a los Estados Unidos y el uso de nuevas tecnologías. Así que la Real Academia ha tenido que aceptar también palabras como "look", la que define como "imagen o aspecto de las personas o de las cosas, especialmente si responde a un propósito de distinción".

Lo mismo sucede con el término "light", sobre el que señala hasta connotaciones políticas: "Dicho de una bebida o de un alimento elaborado, con menos calorías de las habituales. Dicho de un cigarrillo que se presenta como portador de menos elementos nocivos. Ironía: que ha perdido gran parte de sus caracteres originales: un comunista light".

La Real Academia se ha tomado tan en serio el trabajo de atraer el español de Latinoamérica que un grupo de expertos monitorean cada día, por Internet, los principales periódicos de los países hispanos, convencidos de que los escritos periodísticos son el mejor reflejo de la evolución del lenguaje.

Eso también les permite equiparar términos, porque algunas palabras usadas tanto en España como en Latinoamérica difieren a veces por un acento. Por ejemplo, chófer y chofer, cóctel y coctel, vídeo y video.

"El castellano no está empobrecido- aseguró García de la Concha-. Es riquísimo. Puede estarlo el uso que los hablantes hacen de él".

El término "talibán", que apareció en el diccionario de la RAE del 2001, tiene su sesgo latinoamericano. Talibán, definido como "perteneciente o relativo a cierta milicia integrista musulmana", es una palabra que designa el plural, porque en su lengua originaria talib es el singular.

Sin embargo, la RAE lo expone como talibán, para indicar el singular, y talibanes para señalar el plural. ¿Por qué? Porque así lo emplea la gente latinoamericana y, sin duda, desde que los periodistas lo empezamos a propagar así.

Como si fuera cuento

Al español Manuel Leguineche, autor de 30 libros con reportajes de todos los rincones del mundo, le preguntaron a finales del 2002 cuáles eran los temas que prefería. "En 1968 yo escribía crónicas desde Vietnam- respondió-. Entre los soldados americanos traté con un mexicano mercenario: lo era para obtener la nacionalidad norteamericana. Le habían herido ya dos veces... '¡Mira lo que tengo que hacer para hacerme gringo...!', me decía. ¡Ese es el tipo de historias que a mí siempre me ha interesado contar".

Todo indica que los periodistas volverán a sus orígenes, a explicar la vida de la gente, porque los cambios rápidos en las tecnologías de la comunicación han vuelto más escasas las primicias. Por otro lado, gran parte de la información que los reporteros reciben cada día de las fuentes tradicionales está "contaminada", por la intermediación de agentes de prensa de instituciones o empresas que planifican lo que desean que el público sepa.

Las crónicas más interesantes de Afganistán fueron las posteriores a los ataques de la fuerza aérea estadounidense, a finales del año 2001, cuando los corresponsales pudieron entrar a los territorios que habían dominado los fanáticos talibanes. Las primeras notas, antes que cayeran las bombas, reflejaban más lo que las partes en guerra querían que se supiera; pero el periodismo realista, como lo llaman algunos veteranos, fue posible hasta que los reporteros lograron escribir lo que le pasaba a la gente, la población común y corriente afectada por los conflictos.

Estos son fragmentos de dos notas que le interesaron a editores de periódicos en diferentes países:

Mazhar Abbas
KARACHI, PAKISTÁN (AFP, Sep. 24, 2001).- El ejército de los Talibán, en el poder en Afganistán, quizá suscite sonrisas en Estados Unidos, pero dispone de un arma que jamás tendrán los norteamericanos: 40.000 hombres dispuestos a morir para defender su fe, formados en las escuelas coránicas, las madrassas.
Según fuentes allegadas a los Talibán, interrogadas por la AFP, esa cifra representa el número total de hombres que prestaron juramento —el"bait ul almaut"— de morir si la orden les es dada por el molá Mohammad Omar, líder supremo de los Talibán en Afganistán.
Esos hombres son el puro producto de las madrassas "jihadi", verdaderas escuelas de guerra santa donde sólo son seleccionados los mejores.

Bryan Pearson
KABUL (AFP, Feb. 7, 2002).-Varios centenares de mujeres afganas regresaron este miércoles a la Universidad de Kabul para pasar los exámenes de ingreso, retomando una tradición y un derecho que les fue negado durante los cinco años del régimen talibán.
Unas 500 estudiantes se hallaron junto a otros 3,500 hombres en el campus nevado de la universidad.
"Estamos muy, pero muy contentas. Es como un renacimiento", comentó Aqalla Rashid, de 21 años, aspirante a ingresar a la facultad de Medicina, que se atrevió por vez primera a quitarse la burqa, túnica tradicional que cubre enteramente el cuerpo y el rostro de las mujeres y era impuesta por los talibanes.
"Es un gran día para Afganistán. Nuevamente las mujeres son libres de estudiar. Queremos ahora liberar al campus del conflicto ideológico y consagrarlo a la investigación y la transmisión del saber", dijo a la AFP el ministro de Enseñanza Superior, Rasul Amin, acompañado en esta oportunidad de la ministra de la Condición Femenina, Sima Samar.
Entre 1996 y 2001, bajo el régimen Talibán, las mujeres no estaban autorizadas a estudiar.

Ryszard Kapuscinski, después de cubrir decenas de guerras en distintos puntos del planeta, está convencido de que la crónica o el reportaje es la gente, no el discurso. Gay Talese, uno de los que popularizó el género literario "nuevo periodismo" en los años 60 en Estados Unidos, dijo que escribir sobre lo que vive la gente es encontrar una realidad más allá de los datos que suelen verter los funcionarios de gobierno o los académicos y, a través de esas experiencias, podemos facilitar al lector un conocimiento profundo que el reportero descubre por medios creativos o inusuales.
Sólo hay que hacer lo más sencillo, me comentó Michael Cowan, productor de NBC NEWS en Estados Unidos: "Es lo que un niño le pide a su mamá: Cuéntame un cuento; y para eso hay que humanizar las notas o historias".
Joseph Pulitzer (1847-1911), quien fundó la facultad de periodismo de la Universidad de Columbia, sostuvo que la crónica debía estar al servicio del público y eso significa ir a los barrios para encontrar a los ciudadanos que no están representados en el poder político, militar o económico.
Es también otra forma de iluminar los temas que están ocultos, aunque para esto es preciso que los periodistas entremos a las comunidades con la mente abierta, sin prejuicios y convencidos de que la gente nos importa, advierte Anne Nelson, profesora de esa facultad que creó Pulitzer.

Todos saben

Ahora, al escribir una información los periodistas hemos de estar conscientes de que ya todo el mundo sabe. Es la realidad, las noticias circulan con rapidez de un continente a otro en varias versiones. Antes de Internet y la televisión satelital, un reportero escribía desde cualquier sitio y tenía garantizada la aceptación de la audiencia, porque nadie podía comprobar si aquel escrito era cierto. Además, era común que los periodistas nos tragáramos todo lo que decían los voceros gubernamentales o de los Ejércitos, porque faltaban fuentes. Hoy, en cambio,

los reporteros necesitamos comprobar y buscar los elementos desconocidos o curiosos del hecho para evitar caer en el ridículo o perder la confianza de los editores y del público.

Los medios de comunicación compiten con credibilidad, porque hay tanta información en circulación que los lectores u oyentes tienen que seleccionar al más creíble, por el interés de estar mejor informados. Un avión lanzando bombas sobre Afganistán o Irak ya no puede ser primicia porque las televisoras lo transmite en vivo y directo al mundo entero, pero los espectadores se preguntarán qué pasa con la gente que ha quedado expuesta al conflicto, quiénes son, cómo son, qué piensan.

"El trabajo de reportero de guerra es ahora frustrante: el periodista no tiene acceso a lo que sucede, es todo muy aséptico...", se queja Leguineche, un corresponsal de guerra con 61 años de edad, que estuvo en Pakistán a finales del 2001 cuando Afganistán explotó.

"La primera víctima de la guerra es la verdad", afirma Luis Foix, periodista del diario español La Vanguardia, quien también cubrió diferentes conflictos, incluido el de Las Malvinas.

La información periodística tiene cada vez más importancia, porque la gente le cree más a los periodistas que a los políticos, pero también la competencia entre los medios es mayor y a los editores sólo les quedan dos posibilidades: Publicar lo mismo que los demás o escribir algo diferente para darle otras opciones al público.

Por eso ha cobrado fuerza entre los periodistas la idea de volver a explicar la vida de la gente. Ningún reportero es historiador, su función nunca ha sido decir la última palabra sobre un tema, sino esmerarse en contar lo que ve, en explicar lo que sucede, mostrando antecedentes y contextos. Es el periodismo realista, insiste Foix.

El nuevo reto es reivindicar lo cotidiano, lo normal, y hacerlo noticia. La gente que vive alejada de las ciudades principales

suele quejarse de que sus pueblos sólo aparecen en los periódicos, la radio o la televisión cuando hay un accidente o una desgracia, porque la mayoría de los periodistas ignoran las actividades cotidianas de esos habitantes.

Cuento viejo

Habrá que cambiar, entonces, algunos preceptos del periodismo de antaño, entre ellos aquel que consideraba noticia sólo lo extraordinario, como cuando un hombre mordía a un perro, no cuando el perro mordía al hombre porque esto era lo rutinario.

Ese cuento es incongruente con la nueva conducta y la mayoría de valores de la población; y un periodista con ese prejuicio tiene menos posibilidades de competir frente a los que hurgan en los sucesos de la comunidad, porque le costará entender lo que hace la gente. Para descubrir esas vivencias es mejor ver hacia la sociedad con la mente abierta, sin dejarnos llevar por estereotipos.

Saber ver y saber escuchar han sido siempre las aptitudes primordiales de un reportero. Luego saberle contar al público lo que pasó, aunque no basta con describir, porque es diferente ver que entender. Habrá que contrastar hechos y precisar el contexto en que se dan. Lo educativo del escrito es el contexto. Los detalles son más importantes que los conceptos, porque permiten comprender más rápido; siempre que la gente esté ahí, en la crónica o el reportaje, con sus traumas y alegrías, sus triunfos y frustraciones.

Toda decisión política o económica tiene efectos sobre la gente y lo que más desea el lector es que el periodista le permita "ver" a través de su escrito. Por eso a la crónica se le ha comparado con un mapa. El mapa no es tan completo como una fotografía, pero nos ayuda a ver y entender.

Ex editores de periódicos de Estados Unidos, después de retirarse de las salas de redacción, se han percatado de la importancia de ver a la comunidad con más interés periodístico.

"Me sorprende cómo muchas cosas que conozco ahora no aparecen en el periódico a pesar de ser realmente importantes", comentó David Lawrence Jr., ex director de The Miami Herald.
"Me sorprende que los periódicos sigan siendo dominados en muchas formas por historias sobre el gobierno que no tienen que ver con mucha gente y por historias policiales, porque son más fáciles de recabar. Lo que yo quiero saber es quién está haciendo qué y todo aquello que pueda unir a esta ciudad, pero no lo encuentro por ningún lado".
James M. Naugton, ex ejecutivo de The Philadelphia Inquirer, cree que el periodismo está "en el umbral de la irrelevancia" por sus criterios noticiosos. "A la gente le importa lo que ocurre en el ayuntamiento de la ciudad, las leyes que están promulgándose, y nosotros necesitamos ser mejores a la hora de relatar esas historias".
"Tienes que lograr que tus reporteros escuchen a sus lectores y entiendan que los lectores son el centro", sentencia Geneva Overholser, quien editó hasta 1995 The Des Moines Register. Ella sugiere que reporteros y editores se sumerjan en las historias de sus comunidades.
Los medios de prensa suelen cargar sus páginas con declaraciones de expertos o analistas, que dicen qué piensa la gente, qué hace y por qué lo hace. Sin apartar por completo a esos especialistas, los periodistas tienen que darle más importancia a la voz de los protagonistas.
Los datos que aportan las ciencias sociales son claves para entender la realidad, pero el recurso literario y los personajes verídicos hacen que cualquier estadística sea más comprensible para un público amplio. El escritor Daniel Defoe fue un precursor de este tipo de periodismo, cuando escribió el Diario del Año de la Peste (1722), en el que combinó datos (registros de parroquias) con historias, entre ellas la de un hombre que entró a un hotel y al amanecer lo encontraron muerto.
El periodista tiene que hacerle ver a su lector u oyente que

"te estoy contando cómo fue porque me metí a ese lugar para venir a contártelo", recomienda la cronista mexicana Alma Guillermoprieto.
Los cronistas tienen que penetrar en la vida de la gente para trasmitirla, pero "si uno dice que vio lo que no vio entonces se acabó el verdadero periodismo", aconseja Guillermoprieto. En el periodismo sólo hay una regla: No mentir.
Manuel Leguineche cree que "la objetividad no es posible, pero sí lo es jugar limpio con el lector". Eso significa no ocultar nada, ni dejarse ofuscar por simpatías. "En su momento todos hablábamos de la liberación de Camboya... ¡Joder, menuda liberación: dos millones de muertos!".
El entrevistador Víctor Amela le preguntó a Leguineche si había tomado partido alguna vez.
Recordó: "Durante la revolución sandinista, yo simpatizaba con ellos. Pero cuando un comandante sandinista me confió que ellos estaban fusilando 'sapos' (somocistas)... yo lo publiqué".

La observación fructífera

La competitividad del periodismo escrito también exige más creatividad y por eso precisa el uso de recursos literarios, porque hay que contar más historias. La fusión de la imagen literaria y la veracidad informativa es necesaria y alcanzable, aseguran Ruth Merino y Kevin Hall, porque "quienes leen un reportaje creativo se sumergen en él, un poco como si se tratara de una película".
Cada vez se discute menos sobre cuál es la frontera entre periodismo y literatura, porque los recursos creativos son similares, con la diferencia de que un escrito se basa en realidades y el otro en ficción. Algunas investigaciones en Estados Unidos indican que los lectores de periódicos prefieren historias y por eso ha recobrado fuerzas el relato periodístico, basado en hechos verdaderos pero con una estructura parecida a la de un cuento.
Escuché hace años un diálogo fuerte entre un periodista y

un poeta. El primero defendía el carácter intelectual de la profesión periodística y su cercanía con el oficio literario, mientras el segundo insistía en descalificarlo por considerar que era inferior al estatus de la literatura. "Los periodistas son diletantes", recuerdo que dijo el poeta en medio de la borrasca. El otro, citando a un filósofo, respondió que "los poetas nunca dijeron la verdad". Era la época en que los "literatos" proliferaban en Nicaragua y hasta exigían el derecho a recibir un salario del Estado para dedicarse por entero a escribir una probable obra cumbre, sin que nadie pudiera garantizar su habilidad para lograrla.

Corrió el tiempo y el poeta tuvo que cambiar de oficio presionado por dificultades económicas. Carecía de una buena obra que lo representara en su campo y esa situación lo llevó a incursionar en el periodismo, tras convencerse de que era la profesión más afín con sus pretensiones literarias. Todo consistía en escribir, en escribir bien, sobre todo la crónica y el reportaje, pero sin ficción.

"Hay que buscar siempre el ritmo; sin ritmo la escritura no fluye", aconseja Gabriel García Márquez, quien cree que "el periodismo es una pasión insaciable que sólo puede digerirse y humanizarse por su confrontación descarnada con la realidad".

Tanto el escritor de ficción como el periodista se nutren casi siempre de las mismas fuentes de creatividad y su desarrollo profesional está entrelazado. Aunque la frontera técnica entre las dos actividades sea todavía difusa, porque nadie ha conseguido señalarla con exactitud y tal vez nunca nadie lo haga, es irrelevante tratar de poner una debajo de la otra, ya que tienen sus espacios propios, sin entrar en competencia. Al contrario, hay una transición casi natural del "escritor de carrera", que sería el periodista, al escritor creativo y al inventivo, a medida que el primero gana experiencia como narrador.

Ernest Hemingway, periodista y novelista estadounidense

(1899-1961), escribió una serie de crónicas sobre la guerra civil española (entre 1937 y 1938) que han sido consideradas como modelos de economía de lenguaje, precisión y ritmo narrativos, por lo que le atribuyen la creación de un género literario "a caballo entre la novela y el periodismo" que tomó auge en los años 70.

García Márquez dijo de Hemingway que "su vocación y su talento verdaderos fueron para el cuento corto".

El periodista y escritor Tomás Eloy Martínez nos recuerda, citando al ensayista estadounidense Hayden White, que lo único que las personas entienden, lo único que de verdad conservan en su memoria, son los relatos.

"Un periodista no es un novelista, aunque debería tener el mismo talento y la misma gracia para contar que los novelistas mejores- explica Martínez-. Un buen artículo no siempre es una rama de la literatura, aunque debería tener la misma intensidad de lenguaje y la misma capacidad de seducción que los grandes textos literarios".

¿Nos hemos preguntado por qué hay periodistas que incursionaron con éxito en el campo literario, más en la narrativa? Un alto porcentaje de escritores en el mundo ejercieron primero el periodismo. ¿En qué medida la experiencia periodística propicia el salto hacia el campo literario?

El reportero es un escritor de carrera porque escribe todos los días. El periodismo es "una buena escuela, incluso mejor que la mayoría, para el escritor, a condición naturalmente de tener algo que decir y, sobre todo, de saber cómo contarlo", aseguró el español Ignacio Fontes (Murcia, 1947).

"Los libros no se redactan a partir de otros libros, sino de la vida", comentó la escritora Nadine Gordimer (Sudáfrica, 1923) quien recibió el Premio Nobel de Literatura en 1991 por su irónico y profundo tratamiento de la injusticia social. En eso, los periodistas estamos más cerca de la vida que cualquier intelectual encerrado en su estudio, por el trajinar cotidiano y

el sentido de observación que el oficio inculca.
Alejo Carpentier (1904-1980) señalaba que el "periodista y el escritor se integran en una sola personalidad". Definía al reportero como "un escritor que trabajaba en caliente, que sigue, rastrea el acontecimiento día a día sobre lo vivo". En cambio, el novelista "para simplificar la dicotomía, es un hombre que trabaja retrospectivamente, analizando el acontecimiento cuando su trayectoria ha llegado a su término".
Carpentier sólo encontraba una diferencia estilística entre el periodismo y la literatura, ya que en lo demás los dos oficios se complementan. Consideraba el periodismo como una "escuela de flexibilidad, de rapidez, de enfoque concreto". Pero la sentencia mayor del autor de El Siglo de las Luces, es que "sin esos contactos (los del periodismo) no creo que pueda hacerse novela válida ni duradera".
El poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916) sostenía que "hoy y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir". Para él "todos los observadores y comentadores de la vida han sido periodistas".
Un gran reportaje, una crónica auténtica y un artículo verdadero, son literatura porque además de comunicar "son expresión de una personalidad literaria, de un estilo, de un modo de hacer personalísimo, de una manera de concebir el mundo y la vida", explicaba el maestro de periodismo Martín Vivaldi. Son literatura por lo que dicen y por cómo expresan lo que dicen.
"La realidad no nos pasa delante de los ojos como una naturaleza muerta sino como un relato, en el que hay diálogos, enfermedades, amores, además de estadísticas y discursos", señala Tomás Eloy Martínez.
Nos recuerda, por tanto, que los primeros grandes narradores fueron, también, grandes periodistas. "Entendemos mucho mejor cómo fue la peste que asoló Florencia en 1347 a través del Decamerón de Boccaccio que leyendo todos los documentos

de esa época".
El "reportaje literario" tuvo entre sus pioneros a Egon Erwin Kisch, quien nació en Praga en 1885 y destacó como reportero de los mejores periódicos de Berlín entre 1919 y 1932. Basaba sus escritos en investigaciones rígidas, observación meticulosa, experimentación personal y un estilo muy detallista. Se esmeraba en dejar que los hechos hablaran.
Cuando a Kisch le preguntaron cuál era la diferencia entre un ciudadano común y un periodista, explicó que el primero sale de su casa, cruza la calle y el parque y llega a las oficinas del correo. Cuando vuelve a su casa, para él no ha pasado nada. En cambio, el periodista sale de su casa, cruza la calle y el parque y llega al correo, pero al regresar a su casa es capaz de escribir una novela con todo lo que observó.

Fuentes y bibliografía

1. Nelson, Anne. Entrevista. Noviembre 2001-Agosto 2002. Universidad de Barcelona, España.
2. Herrscher, Roberto. Entrevista. Junio 2002. Universidad de Barcelona, España.
3. Diario El Periódico. La CNN acepta la censura sobre la guerra afgana reclamada por Bush. Octubre 11, 2001. Barcelona. España.
4. Diario El Periódico. EE.UU. extiende la petición de censura a los medios escritos. Octubre 12, 2001. Barcelona. España.
5. The New York Times. Wartime Secrecy. Octubre 11, 2001.
6. Hedges, Chris. Atacar no es el final, será el principio. Diario La Vanguardia. Octubre 2001. Barcelona, España.
7. Daly, Louise. Críticas a cobertura de guerra en Afganistán. Agencia Francesa de Prensa (AFP). Noviembre 18, 2001. Chicago, EE.UU.
8. Cuní, Josep. Entrevista. Junio 2002. Universidad de Barcelona, España.
9. Hume, David. Entrevista. 2000. Managua Nicaragua.
10. Diario La Prensa. Diciembre 03, 1999. Managua, Nicaragua.
11. Declaración del Gobierno de la República de Honduras sobre la Oferta de Concesiones Petroleras al Norte del Paralelo 15, en el Mar Caribe y en el Océano Pacífico. Diario La Prensa. Julio 31, 2002. Managua, Nicaragua.
12. Ramos, Isabel. Entrevista. Agosto 2002. Barcelona, España.

13. Gallego Díaz, Soledad. Los periodistas se han vuelto crédulos. Diario El País. Junio 2, 2000. Barcelona, España.
14. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Mensaje conjunto sobre el Día Mundial de la Libertad de Prensa. Mayo 03, 2002. Oficina para Centroamérica, San José, Costa Rica.
15. Mendenhall, Preston. Entrevista. Agosto 2002. MSNBC-Universidad de Barcelona, España.
16. Notisip. N°. 412. Agosto-septiembre, 2002. Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Miami. Fla.
17. Prado, Luis/ Altares, Guillermo. La guerra mejor contada de la historia. Diario El País. Abril, 2003.
18. Agencia EFE. La guerra por Internet. Marzo 24, 2003.
19. Roca, Miguel. Guerra mediática. Abril 01, 2003. Diario La Vanguardia.
20. González, Enric. Despedido por opinar. Abril 01, 2003. Corresponsal en Washington del Diario El País.
21. BBC. Al Jazeera deja de informar. Marzo, 2003.
22. Diario El Mundo. Editorial. Abril 08, 2003. Madrid, España.
23. De la Serna, Víctor. Opinión. Diario El Mundo. Abril 08, 2003. Madrid, España.
24. Bourgeat, Regis. BBC Digital. Abril, 2003.
25. Del Pino, Javier. No hay sangre en televisión. Marzo. 25, 2003. Desde Washington. Diario El País.
26. Agencia Francesa de Prensa (AFP). Reveló posiciones de las tropas. Marzo 31, 2003.
27. Marr, Merissa. Batalla por la opinión pública. Agencia Reuters. Abril, 2003.

28. Agencia EFE. Informe de Amnistía Internacional. Marzo 26, 2003. Londres.
29. López Aranda Trecuartha. 72 horas de la batalla de Bagdad. Revista Letras Libres. Mayo 2003, Año V, N°. 53. México, DF.
30. Notisip. Edición 415. Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Abril. 2003.
31. Diario La Prensa. La Soldado Jessica Lyinch no fue tan heroica como decían. Tomado de la agencia EFE (Washington). Julio 12, 2003. Managua, Nicaragua.
32. Revista Hora de Cierre. Ante los cañones humeantes en Irak. Junio 2003. IAPA Press Institute. N°. 52. Miami, Fla.
33. Rojo, Alfonso. La delgada línea roja. Diario El Mundo. Abril 08, 2003. Madrid, España.
34. Dinges, John. Entrevista. Marzo 2002. Universidad de Barcelona, España.
35. Santoro, Daniel. Artesano de la investigación periodística. Relatoría del taller de periodismo de investigación, elaborada por Oscar Escamilla. Dic. 2001. Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI). Cartagena de Indias, Colombia.
36. Waisbord, Silvio. Curso sobre periodismo investigativo en América Latina. 2001. Instituto del Banco Mundial.
37. Chamorro Cardenal Jaime. Entrevista 2003.
38. Sánchez Sancho, Luis. Entrevista. Mayo 2002. Managua, Nicaragua.
39. Aguirre Solís, Danilo. Entrevista. Mayo 2002. Managua Nicaragua.
40. Wallace Salinas, Arturo. Entrevista. Mayo 2002. Managua, Nicaragua.

41. Calland, Richard. Acceso a la Información, la llave para la democracia. P. 17. Centro Carter. Noviembre 2002.
42. Restrepo, Javier Darío. Defensor del Lector / Periodismo y Justicia. Julio 2003. Fundación Violeta Barrios de Chamorro. Managua, Nicaragua.
43. Agencia EFE. El acceso a la información es un campo minado. Enero 22, 2003. Londres.
44. Diario La Nación. Pacheco se queja de "La Nación" ante la SIP. Noviembre 19, 2002. San José, Costa Rica.
45. Ulibarri, Eduardo. Entrevista. Noviembre 2002. San José, Costa Rica.
46. Ramos Avalos, Jorge. Bush fuerte, prensa débil. Diario La Prensa. Agosto 10, 2003. Managua, Nicaragua.
47. Espinosa, Gina. Bajo la prueba del terror. Revista Hora de Cierre. N°. 50. Octubre, 2002. IAPA Press Institute. Miami, Fla.
48. Diario La Prensa. Papa pide a periodistas que busquen también la "verdad incómoda". Varias agencias. Diciembre 07, 2002. Managua, Nicaragua.
49. Riviere, Margarita. Master en Periodismo BCNY. 2001. Universidad de Barcelona, España.
50. Montanelli, Indro. Cómo ser periodista hoy. Diario La Vanguardia. Julio 22, 2001. Barcelona, España.
51. Alemán, Alberto. Lech Walesa: "Ahora no hay lugar para los grandes, como yo lo fui". Diario La Prensa. Mayo 26, 2002. Managua, Nicaragua.
52. Kapuscinski, Ryszard. Reportero del Tercer Mundo. Relatoría de su exposición en la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), editada por Ricardo Corredor Cure y Oscar Escamilla. Octubre, 2000. Cartagena Colombia.

53. Scharlau, Winfried. Globalización, Democracia y Medios de Comunicación. Pag. 407. CIEDLA - Konrad Adenauer Stiftung. 1999. Buenos Aires, Argentina.
54. Foix, Luis. Watergate y Periodismo. Diario La Vanguardia. Junio 18, 2002. Barcelona, España.
55. Cebrián, Juan Luis. El Oficio de Periodista. El País. Junio 17, 2002. Madrid, España.
56. Bradlee, Ben. Citado por Luis Foix en Watergate y Periodismo. Diario La Vanguardia. Junio 18, 2002. Barcelona, España.
57. Los Diez Principios de la Declaración de Chapultepec. Marzo 11 de 1994. Sociedad Interamericana de Prensa (SIP).
58. Armada, Alfonso. Para qué sirven los periódicos. Diario ABC. Julio 2001. Madrid, España.
59. Diario La Prensa. Editorial: Otra vez quieren matar al mensajero. Octubre 23, 2002. Managua, Nicaragua.
60. Asociación de Profesionales de la Radiodifusión Nicaragüense (APRANIC). Comunicado. Octubre 16, 2002. Managua, Nicaragua.
61. Informe de Periodistas Frente a la Corrupción (PFC). Rechazo a la sistemática represión y terror en contra de la prensa nicaragüense. Octubre 25, 2002.
62. Diario La Prensa. Editorial: El Cierre de la Poderosa. Octubre 16, 2002. Managua, Nicaragua.
63. Wolfensohn, James D. Instituto del Banco Mundial. Informe de Andrew Kircher (akircher@worldbank.org). Noviembre 7, 2002.
64. Prüfert, Peter. Entrevista. 2001. Universidad de Barcelona, España.

65. Martínez-Pandiani, Gustavo. La Irrupción del Marketing Político en las campañas electorales de América Latina. Imagen de las Instituciones. Revista Contribuciones. P 69. CIEDLA-Konrad Adenauer Stiftung. N°. 2. Abril-Junio, 2000.
66. Periodismo, Democracia y Gobernabilidad. Encuesta Nacional Nicaragua, del 02 al 14 de mayo del 2003. Fundación Violeta Barrios de Chamorro. Managua, Nicaragua.
67. Diario La Prensa. Ejército intimida a periodista. Julio 19, 2002. Managua, Nicaragua.
68. Sentencia N°. 851/1998. Tribunal Supremo, Sala de lo Civil. Septiembre 25, 1998. Madrid, España.
69. Tarín, Santiago. Periodismo judicial. Master en Periodismo BCNY. 2002. Universidad de Barcelona, España.
70. Agencia Reuters. Periodista gana batalla por confidencialidad de sus fuentes. Diciembre 12, 2002. La Haya.
71. Botaya, Felipe. Exposición. Escuela de Negocios, Palau de Les Heures. Noviembre 2001. Universidad de Barcelona, España.
72. Restrepo, Javier Darío. Seminario sobre cobertura de temas sociales. INDES-FNPI. Septiembre, 2000. Cartagena, Colombia.
73. Merino, Ruth. Entrevista. Diciembre, 1999. San Juan, Puerto Rico.
74. Jorba, Rafael. Políticas de Información. 2002. Master en Periodismo BCNY. Universidad de Barcelona, España.
75. Besa, Ramón. Periodismo Deportivo. Master en Periodismo BCNY. 2001. Universidad de Barcelona, España.

76. Kugler, Sara. Renuncian directores del NYT. Agencia Associated Press (AP). Junio 2003.
77. Ramos, Jorge. Periodismo bueno y malo. Diario La Prensa. Julio 25, 2001. Managua, Nicaragua.
78. Zak, Cynthia. El español que los periodistas quieren tanto. Revista Hora de Cierre. N° 34. IAPA Press Institute. Miami, Fla.
79. Grijelmo, Alex. Defensa apasionada del español. Editorial Alfaguara.
80. García de la Concha, Víctor. Entrevista, junio 04, 2000, Diario El País. Informe: octubre del 2001, Diario El País. Madrid, España.
81. Leguineche, Manuel. Preferí el periodismo a una familia. Diario La Vanguardia. Octubre 13, 2002. Barcelona, España.
82. Cowan, Michael. Master en Periodismo BCNY. 2001. Universidad de Barcelona, España.
83. Foix, Luis. Master en Periodismo BCNY. 2002. Universidad de Barcelona, España.
84. Stepp, Carl Sessions. Famosos ex editores discuten lo que harían si volvieran a la Redacción. Revista Hora de Cierre. N° 49. Junio, 2002. IAPA. Press Institute. Miami, Fla.
85. Defoe, Daniel. Diario del año de la peste. Editorial Seix Barral.
86. Guillermoprieto, Alma. Escribir es como caminar. Relatoría del taller de crónica periodística elaborada por Juan Carlos Guardela. Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI). Enero 2001. Cartagena de Indias, Colombia.
87. Hall, Kevin / Merino, Ruth. Periodismo y Creatividad. Editorial Trillas. México, DF. 1995. Florida Internacional University (FIU).

88. García Márquez, Gabriel. El mejor oficio del mundo. Revista Pulso del Periodismo N°. 25. Enero-marzo 1996. Universidad Internacional de la Florida. Miami, Fla.
89. Hemingway, Ernest. Despachos de la guerra civil española 1937-1938. Editorial Planeta. Madrid, España.
90. Chao, Ramón. Palabras en el tiempo de Alejo Carpentier. Editorial Arte y Literatura. 1985. La Habana, Cuba.
91. Martínez, Tomás Eloy. El periodismo y la narración. Octubre 2001. La Nación de Buenos Aires.